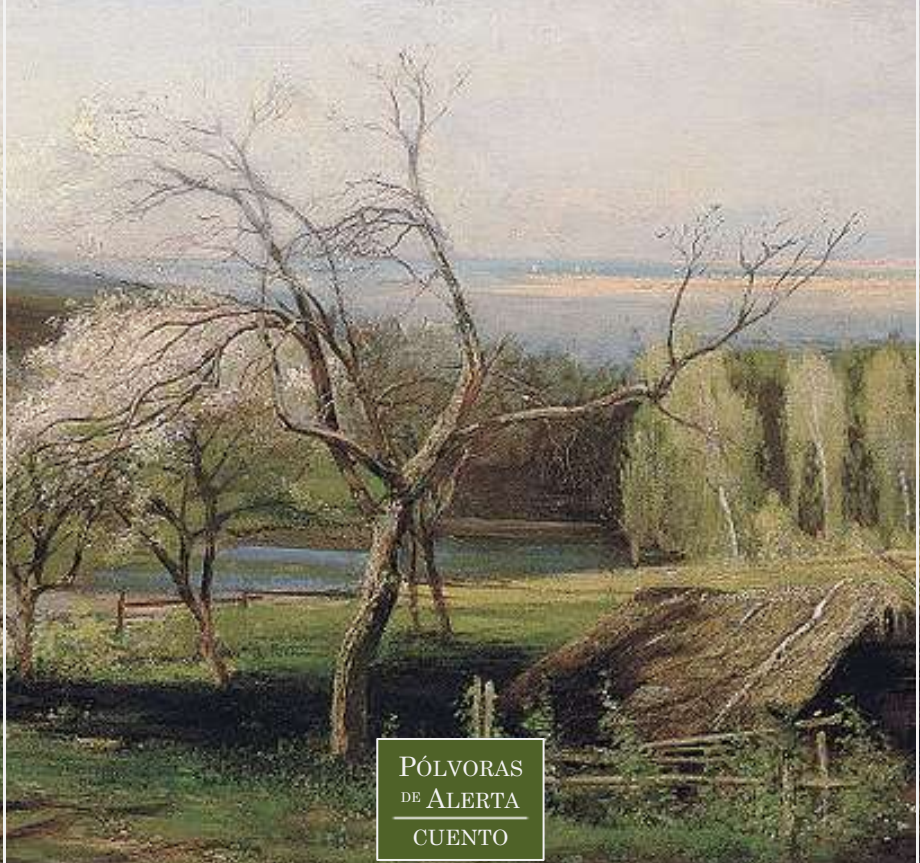


ALEXANDER S. PUSHKIN

LOS RELATOS DE BELKIN



PÓLVORAS
DE ALERTA
CUENTO

ALEXANDER S. PUSHKIN

LOS RELATOS DE BELKIN

PÓLVORAS
DE ALERTA

CUENTO

ILUSTRACIÓN: Detalle de *Paisaje primaveral*,
de Alexéi Savrásov

© ALEXANDER S. PUSHKIN
© PÓLVORAS DE ALERTA, 2012

<http://edicionespolvorasdealerta.blogspot.com>

ÍNDICE

PREFACIO DEL EDITOR	V
EL DISPARO	10
LA NEVASCA	25
EL FABRICANTE DE ATAÚDES	39
EL JEFE DE POSTA	48
LA SEÑORITA CAMPESINA	62

PREFACIO DEL EDITOR

Al iniciar las gestiones para la edición de los relatos de Iván Petróvich Belkin, que ahora ofrecemos al público, teníamos el propósito de dar con ellos siquiera fuese una breve biografía de su difunto autor y satisfacer así, en parte, la justa curiosidad de los amantes de la literatura patria. A tal fin, nos dirigimos a María Alexéievna Trafilina, la más cercana pariente y heredera de Iván Petróvich Belkin; mas, por desgracia, le fue imposible facilitarnos noticia alguna, ya que el difunto le era desconocido en absoluto. Nos sugirió que recurriésemos a un respetable varón que había sido amigo de Iván Petróvich. Seguimos su consejo y, en contestación a nuestra carta, recibimos la deseada respuesta, que insertamos a continuación sin cambios ni observaciones de ningún género, como valioso monumento de noble juicio y tierna amistad y, a la vez, como una noticia bibliográfica bastante completa.

Muy señor mío:

He recibido el 23 del corriente su estimada carta del 15, en la que expresaba su deseo de obtener cumplidas noticias acerca de las fechas del nacimiento y muerte del difunto Iván Petróvich Belkin, que fue mi sincero amigo y vecino de finca, así como acerca de su trabajo, sus circunstancias domésticas y ocupaciones y su carácter. Con gran satisfacción complazco su deseo y paso a comunicarle cuanto puedo recordar, tanto de las conversaciones con él como de mis propias observaciones.

Iván Petróvich Belkin nació de padres honrados y nobles en 1798, en la aldea de Goriújino. Su difunto progenitor, co-

mandante Piotr Ivánovich Belkin, se casó con Pelagueia Gavrílovna, de la casa de los Trafilin. No era rico, aunque sí moderado en sus aficiones y sumamente entendido en las cuestiones de la hacienda. El hijo aprendió las primeras letras con el sacristán de la aldea, venerable varón a quien debía, al parecer, su interés por los libros y por las bellas letras rusas. En 1815 ingresó en un regimiento de cazadores (no recuerdo su número), en el que sirvió hasta 1823. La muerte de sus padres, que fallecieron simultáneamente, le obligó a solicitar el retiro y a regresar a su finca de la aldea de Goriújino.

A poco de hacerse cargo de la administración de la finca, Iván Petróvich, debido a su inexperiencia y a su bondad, abandonó estos cuidados y prescindió del severo orden a que se atenía su difunto padre. Destituyó al bueno y experto stárosta¹, del que los campesinos (fieles a su costumbre) estaban descontentos, y encomendó la administración de la aldea a su vieja ama de llaves, que se había ganado su confianza por el arte con que relataba todo género de historias. Esta estúpida vieja no pudo diferenciar nunca un billete de veinticinco rublos de uno de cincuenta; los campesinos, de todos los cuales era comadre, no le tenían ningún temor; el stárosta por ellos elegido les favorecía cuanto podía y tomaba parte en sus trampas, de tal modo que Iván Petróvich se vio obligado a levantar la prestación personal y a establecer un tributo en especie muy moderado; pero también aquí los campesinos, valiéndose de su debilidad, consiguieron condiciones muy ventajosas en el primer año, y en los siguientes satisficieron más de dos terceras partes del tributo en nueces, arándano y cosas semejantes; y aun así, había atrasos.

Como amigo que había sido del difunto padre de Iván Petróvich, consideré deber mío brindar mis consejos a su hijo y me ofrecí reiteradamente a restablecer el antiguo orden per-

¹ Stárosta: Persona designada por el terrateniente para dirigir a los campesinos de una aldea.

dido por su culpa. Para ello fui un día a verle, pedí que me mostrara los libros de contabilidad y, en presencia de Iván Petróvich, me puse a revisarlos. El joven amo me escuchaba al principio con gran atención; pero al sacar cuentas, resultó que en los últimos dos años se había multiplicado el número de campesinos mientras que el número de aves de corral y de animales domésticos había sido rebajado intencionadamente.

Iván Petróvich quedó satisfecho con la primera parte de la noticia y luego ya no me hizo ningún caso, pues en el momento mismo en que con mis indagatorias y mi severo interrogatorio dejaba confundido al bribón stárosta y le hacía enmudecer, oí, con gran disgusto por mi parte, que Iván Petróvich roncaba sonoramente en su silla. Desde entonces dejé de inmiscuirme en sus disposiciones administrativas y encomendé sus asuntos (igual que él había hecho) al arbitrio del Altísimo.

Tal circunstancia, sin embargo, no alteró en nada nuestras amistosas relaciones, porque yo, compadecido de su debilidad y de su funesta negligencia, común entre nuestros jóvenes nobles, profesaba sincero cariño a Iván Petróvich; era imposible no querer a un joven tan bondadoso y honrado. Por su parte, Iván Petróvich respetaba mis años y me había tomado cordial afecto. Hasta que sobrevino su muerte nos veíamos casi a diario; él estimaba mi sencilla conversación, aunque ni nuestras costumbres, ni nuestras ideas, ni nuestros caracteres coincidían en la mayoría de los casos.

Iván Petróvich llevaba una vida muy moderada, evitando toda clase de excesos; jamás llegué a verle bebido (lo que en nuestras tierras puede considerarse insólito milagro); tenía gran debilidad por el género femenino, pero su timidez era realmente de doncella. (Sigue un lance que no reproducimos por reputarlo innecesario: aseguramos, sin embargo, al lector que en él no hay nada vituperable para la memoria de Iván Petróvich Belkin.)

Además de los relatos que usted se digna mencionar, Iván Petróvich dejó numerosos escritos, parte de los cuales conservo en mi poder; el resto ha sido utilizado por su ama de llaves en distintos usos domésticos. Así, el invierno pasado tapó todas las junturas de las ventanas de sus habitaciones con la primera parte de una novela que Iván Petróvich no llegó a terminar.

*Los mencionados relatos fueron, al parecer, su primer ensayo. Según decía Iván Petróvich, en su mayoría eran verídicos y él los había oído referir a distintas personas (Efectivamente, en los escritos del señor Belkin se dice, de puño y letra del autor: «Lo oí relatar a Fulano de Tal —graduación o título e iniciales del nombre y apellido.» Transcribimos, para los curiosos investigadores: *El jefe de posta* se lo refirió el consejero titular A. G. N.; *El disparo*, el teniente coronel I. L. P.; *El fabricante de ataúdes*, el empleado B. V.; *La nevasca* y *La señorita campesina*, la doncella K. I. T.) No obstante, casi todos los nombres de personajes son imaginarios, inventados por él mismo; en cuanto a los nombres de los pueblos y lugares, fueron tomados de los de nuestra comarca, razón por la cual en cierto lugar se menciona también mi aldea. Esto no se debe a un malvado designio, sino tan sólo a su falta de imaginación.*

En el otoño de 1828, Iván Petróvich enfermó de un resfriado con calenturas que le produjo más tarde altas fiebres y murió a pesar de los celosos cuidados del médico de nuestro distrito, hombre muy experto, de manera particular en el tratamiento de males crónicos, como los callos y otros por el estilo. Falleció en mis brazos a los treinta años de edad y fue enterrado en el cementerio de la iglesia de Goriújino, cerca de sus difuntos padres.

Iván Petróvich era de estatura mediana; tenía los ojos grises, los cabellos rubios y la nariz recta; su rostro era blanco y delgado.

He aquí señor, todo lo que he podido recordar acerca del

género de vida, ocupaciones, carácter y aspecto de mi difunto vecino y amigo. En el caso de que considere oportuno hacer uso de mi carta, le ruego encarecidamente que no mencione de ninguna manera mi nombre, ya que, si bien respeto y estimo en el más alto grado a los hombres de letras, adjudicarme este lo considero superfluo y, a mis años, indecoroso.

Sinceramente suyo.

Nenarádovo, 16 de noviembre de 1830.

Estimamos nuestro deber respetar la voluntad del honorable amigo de nuestro autor, le quedamos profundamente reconocidos por las noticias que nos ha facilitado y abrigamos la esperanza de que el público apreciará su sinceridad y bondadoso espíritu.

A. P.

EL DISPARO

I

Nuestro regimiento se encontraba en la pequeña localidad de X. De sobra es conocida la vida del oficial. Por la mañana, instrucción y picadero; almuerzo en casa del coronel o en la taberna de algún judío; por la noche, el ponche y las cartas. En X no había ni una sola reunión de buena sociedad, ni una sola muchacha casadera; nos juntábamos los unos en casa de los otros y no veíamos nada más que nuestros propios uniformes.

De todos nosotros sólo había uno que no era militar. Tenía unos treinta y cinco años, por lo que le considerábamos ya viejo. La experiencia le daba una gran superioridad sobre nosotros; por otra parte, su carácter siempre sombrío, sus bruscos modales y su mala lengua ejercían gran influencia en nuestras jóvenes mentes. Cierta misterio le rodeaba; parecía ruso, pero su nombre era extranjero. En otro tiempo había servido en húsares e incluso con fortuna, pero nadie conocía los motivos que le indujeron a pedir el retiro y a recluirse en en aquella mísera localidad, donde llevaba, a la vez, una vida pobre y de despilfarro: siempre iba a pie, vestía una raída levita negra, pero su mesa estaba siempre puesta para todos los oficiales de nuestro regimiento. Cierta que sus comidas se componían solamente de dos o tres platos que preparaba un soldado retirado del servicio, pero el champaña corría allí a chorros. Nadie sabía nada de sus bienes ni de sus rentas, y nadie se atrevía a preguntarle a este respecto. Tenía libros, en su mayor parte militares y novelas. Los prestaba de buen

grado y no los reclamaba nunca; por su parte, jamás devolvía a su dueño el libro que hubiera pedido. Su ejercicio favorito consistía en el tiro de pistola. Las paredes de su aposento, desconchadas por las balas, estaban tan llenas de agujeros que parecían panales. Una valiosa colección de pistolas era el único lujo de la humilde casita en que vivía. La habilidad que había alcanzado en el tiro era extraordinaria, y si hubiese querido tomar como blanco una pera colocada sobre la cabeza de alguno de nosotros, nadie en el regimiento habría dudado en ofrecer la suya. Nuestras conversaciones giraban con frecuencia en torno a los duelos. Silvio (le llamaré así) nunca tomaba parte en ellas. Cuando se le preguntaba si se había batido alguna vez, respondía secamente que sí, pero no entraba en detalles y era visible que estas preguntas le desagradaban. Suponíamos que sobre su conciencia debía pesar alguna víctima de su terrible destreza. Jamás se nos habría ocurrido recelar en él nada semejante a la timidez. Hay hombres cuyo aspecto disipa tales sospechas. Un suceso casual nos dejó estupefactos. En cierta ocasión comíamos alrededor de diez oficiales en casa de Silvio. Bebimos como de costumbre, es decir, muchísimo; después de la comida insistimos cerca del anfitrión para que jugásemos a las cartas y él fuese el banquero. Se resistió largo rato, porque no jugaba nunca; al fin, dio orden de que trajeran los naipes, arrojó sobre la mesa medio centenar de billetes de diez rublos y se dispuso a cortar. Nosotros le rodeamos y empezé el juego. Silvio tenía la costumbre de guardar silencio absoluto mientras jugaba; jamás discutía ni daba explicaciones. Si alguien se equivocaba en la cuenta, él inmediatamente abonaba el resto o anotaba lo que sobraba. Nosotros conocíamos su costumbre y le dejábamos hacer. Pero aquella vez estaba entre nosotros un oficial trasladado hacía poco a nuestro regimiento. Pues bien, este joven oficial, en un momento de distracción, se apuntó un punto de más. Silvio tomó la tiza y rectificó el error, según tenía por costumbre. El oficial, creyendo que

Silvio se había equivocado, comenzó a dar explicaciones. Silvio siguió contando en silencio. El oficial, perdida la paciencia, tomó el cepillo y borró lo que le parecía haber sido apuntado sin motivo. Silvio echó mano a la tiza y restableció la cifra. Enardecido por el vino, el juego y la risa de sus compañeros, el oficial se consideró terriblemente agraviado, y blandiendo con furia un candelabro de cobre que había sobre la mesa, lo arrojó contra Silvio, que apenas si pudo rehuir el golpe. Nosotros quedamos sobrecogidos. Silvio se levantó, pálido de cólera, y con los ojos echando chispas dijo:

—Caballero, tenga la bondad de salir, y dé gracias a Dios de que esto ha ocurrido en mi casa.

No poníamos en duda las consecuencias del incidente y dábamos ya por muerto a nuestro nuevo camarada. El oficial abandonó la casa, no sin antes decir que estaba dispuesto a responder de la ofensa como tuviese a bien el señor banquero. El juego se prolongó unos minutos, mas se veía que el anfitrión no estaba para cartas, por lo que nos levantamos uno a uno y nos marchamos a nuestras casas, haciendo comentarios acerca de la próxima vacante.

Al otro día nos preguntábamos en el picadero si aún estaría vivo el pobre teniente, cuando se presentó él mismo y le hicimos esa pregunta. Nos contestó que hasta entonces no había tenido noticia alguna de Silvio. Aquello nos sorprendió. Nos acercamos a casa de Silvio y lo encontramos en el patio, entretenido en meter bala sobre bala en el as de una baraja pegado a la puerta. Nos recibió como de costumbre, sin referirse para nada al incidente del día anterior. Pasaron tres días y el teniente seguía vivo. Nosotros nos preguntábamos, sorprendidos, si sería posible que Silvio no llegara a batiarse. Silvio no se batió. Se conformó con una explicación muy somera e hicieron las paces.

Aquello le perjudicó extraordinariamente en la opinión de los jóvenes. La falta de valor es lo que menos perdona la gente moza, que suele ver en la bravura la cumbre de las vir-

tudes humanas y la justificación de toda clase de vicios. Mas todo se fue olvidando poco a poco, y Silvio recuperó su antigua influencia.

Yo era el único que ya no podía acercarme a él. Dotado de una romántica imaginación, había cobrado por aquel hombre más afecto que ningún otro; su vida era un enigma y se me figuraba el héroe de alguna novela misteriosa. Él me estimaba: al menos, sólo conmigo se olvidaba de su habitual lengua envenenada y hablaba de las cosas con sencillez y amenidad extraordinarias. Pero después de aquella desgraciada noche, la idea de que su honor había quedado en entredicho y la ofensa no había sido lavada por su propia voluntad, me producía vergüenza y rehuía mirarle a la cara. Silvio era demasiado inteligente y poseía demasiada experiencia para no verlo y no adivinar la causa. Mi actitud parecía apenarle; por lo menos advertí un par de veces sus deseos de buscar una explicación conmigo, pero yo hice por esquivarla y Silvio se alejó de mí. A partir de entonces no le veía más que en presencia de otros camaradas, y ya no volvimos a nuestras sinceras conversaciones de antes.

Los ociosos habitantes de la capital no tienen la menor idea de las muchas distracciones que llenan la vida de los habitantes de las aldeas o de las ciudades pequeñas; una de ellas es, por ejemplo, el día de correo. Los martes y los viernes las oficinas de nuestro regimiento estaban llenas de oficiales: unos esperaban dinero, otros cartas, otros periódicos. Las cartas eran abiertas allí mismo, los oficiales se comunicaban unos a otros las noticias y las oficinas ofrecían un animadísimo aspecto. Silvio recibía la correspondencia dirigida a las señas del regimiento y, por lo general, era uno de los que se hallaban presentes. Cierta día le entregaron un pliego, del que rompió los sellos con extraordinaria impaciencia. Al recorrer la carta sus ojos centelleaban. Los oficiales, ocupados cada uno con sus propias misivas, no advirtieron nada.

—Señores —les dijo Silvio—, las circunstancias exigen mi

marcha inmediata. Parto esta misma noche. Espero que no me negarán el honor de comer conmigo por última vez. Le espero también a usted —añadió volviéndose hacia mí—, le espero sin falta.

Dicho esto, salió rápidamente y nosotros, después de convenir que nos reuniríamos en casa de Silvio, nos fuimos cada uno por nuestro lado.

Llegué a casa de Silvio a la hora fijada y encontré allí a casi todos los oficiales del regimiento. El equipaje estaba ya hecho, no quedaban más que las paredes desnudas y agujereadas por las balas. El anfitrión estaba de un humor excelente y su alegría no tardó en comunicarse a todos; los tapones de las botellas saltaban continuamente y nosotros deseamos a Silvio de todo corazón un buen viaje y toda suerte de venturas. Nos levantamos de la mesa cuando ya la noche estaba avanzada. En el momento en que cada uno buscaba su gorra, Silvio, que se despedía de todos, me tomó del brazo y me detuvo en el instante mismo en que me disponía a salir.

—Necesito hablar con usted —me dijo en voz baja.

Yo me quedé.

Los invitados se habían ido; estábamos solos. Sentados uno frente al otro, encendimos en silencio nuestras pipas. Silvio parecía preocupado; no quedaban huellas de su turbulenta alegría. Su sombría palidez, sus ojos resplandecientes y el espeso humo que salía de su boca le daban un aspecto verdaderamente diabólico. Pasaron unos instantes y Silvio rompió el silencio.

—Quizá no nos volvamos a ver — me dijo —; pero antes de marchar quisiera darle una explicación. Usted habrá podido observar que me preocupo poco de la opinión ajena, pero le estimo y me sería muy penoso que usted guardase de mí una impresión equivocada.

Se detuvo y comenzó a cargar de nuevo la pipa; yo callaba, con la vista baja.

—A usted le pareció extraño —continuó— que no pidiera

satisfacciones a ese borracho y cabeza rota de R. Convendría conmigo que, teniendo yo derecho a elegir el arma, su vida estaba en mis manos; en cambio, la mía estaba casi segura. Podría yo atribuir tal moderación a un espíritu magnánimo, pero no quiero mentir. Si hubiera podido castigar a R. sin exponer en absoluto mi vida, no le habría perdonado por nada del mundo.

Miré asombrado a Silvio. Tal confesión me había dejado estupefacto. Él prosiguió:

—Como le digo: no tengo derecho a exponer mi vida. Hace seis años recibí una bofetada, y mi enemigo vive aún.

Mi curiosidad se hallaba sumamente excitada.

—¿No se batió usted con él? —pregunté—. ¿Tal vez las circunstancias les separaron?

—Me batí —respondió Silvio—, y he aquí el recuerdo de nuestro duelo.

Se levantó, sacó de una caja de cartón un gorro rojo con galones y una borla dorada (lo que los franceses llaman *bonnet de police*) y se lo puso. El gorro presentaba un orificio de bala una pulgada más arriba de la frente.

—Usted sabe —continuó Silvio— que serví en el regimiento de húsares de X. Ya conoce mi carácter: estoy acostumbrado a ser el primero en todo, pero de joven esto era en mí una verdadera pasión. En aquellos tiempos estaban de moda los escándalos: yo era el primer juerguista del regimiento. Nos enorgullecíamos de nuestras borracheras. Le gané en beber al famoso Burtsov, cantado por Denís Dávidov. En nuestro regimiento había duelos a cada instante: en todos era yo testigo o actor. Mis compañeros me adoraban, y los jefes del regimiento, que cambiaban sin cesar, veían en mí un mal necesario.

»Yo gozaba tranquilamente (o más bien intranquilamente) de mi fama cuando llegó al regimiento un joven de rica y noble familia (no quiero decir su nombre). ¡Jamás he encontrado a un hombre tan afortunado y tan brillante! Imagínese

usted: juventud, inteligencia, belleza, la alegría más desbordante, la valentía más despreocupada, un nombre conocido, dinero que gastaba a manos llenas y que no se agotaba nunca, y comprenderá la impresión que produjo entre nosotros.

»Mi supremacía estaba en peligro. Seducido por mi fama, trató de buscar mi amistad, pero yo le acogí fríamente y él se apartó de mí sin sentirlo lo más mínimo. Llegué a odiarle. Sus éxitos en el regimiento y entre las mujeres me desesperaban. Comencé a buscar pendencia con él. A mis burlas contestaba con burlas que siempre me parecían más inesperadas e ingeniosas que las mías y que eran, indudablemente, mucho más alegres: él bromeaba y yo estaba rabioso. Por fin, estando en un baile en casa de un noble polaco, al verle objeto de la atención de todas las damas, y en particular de la anfitriona, con quien yo mantenía relaciones, le dije al oído un insulto soez. Él no pudo contenerse y me dio una bofetada. Echamos mano a los sables, mientras las damas se desmayaban; nos separaron y aquella misma madrugada fuimos a batirnos.

»Era al amanecer. Yo estaba en el lugar convenido con mis tres padrinos y esperaba la llegada de mi adversario, desasosegado por una inexplicable impaciencia. El sol primaveral había salido y empezaba a sentirse calor. Le vi desde lejos. Venía a pie, con el dormán colgado del sable, en compañía de un solo padrino. Se acercaba con su gorra llena de cerezas. Los padrinos midieron doce pasos. Me correspondía tirar el primero, pero la rabia que me dominaba me producía una emoción tan intensa que, desconfiando de mi buen pulso, y para dar tiempo a calmarme, le cedí el primer disparo. Mi adversario no aceptó. Decidimos echarlo a suertes: él, siempre favorito de la fortuna, sacó el primer número. Apuntó y me atravesó el gorro. Llegaba mi vez. Le miré ávidamente, tratando de captar siquiera fuese una sombra de inquietud. Estaba a merced de mi pistola, eligiendo las cerezas maduras y escupiéndolas los huesos, que llegaban hasta mí. Su indi-

ferencia me hizo perder la razón. “¿Qué gano, pensé, quitándole la vida si él no la tiene en el menor aprecio?” Una idea malvada pasó por mi mente. Bajé la pistola.

»—Parece que no se ha hecho el ánimo de encontrarse con la muerte —le dije—, no quiero interrumpir su desayuno.

»—No me molesta en absoluto —replicó él—. Puede disparar si gusta, aunque puede hacer lo que mejor le parezca. Le debo el disparo, siempre estaré a su disposición.

»Me volví hacia los padrinos, diciéndoles que en aquel momento no tenía intención de disparar, y así terminó nuestro duelo.

»Pedí el retiro y me vine a este lugarejo. Desde entonces no ha transcurrido un solo día sin que recordara la venganza. Hoy me ha llegado la hora...

Sacó del bolsillo la carta que había recibido por la mañana y me la dio a leer. Alguien (el encargado de sus asuntos al parecer) le escribía desde Moscú que *cierta persona* debía contraer matrimonio en breve con una joven y hermosa muchacha.

—Usted adivinará —dijo Silvio— quién es esa *cierta persona*. Voy a Moscú. ¡Veremos si en vísperas de su boda acoge la muerte con tanta indiferencia como la acogió aquel día comiendo cerezas!

Dicho esto, se puso en pie, tiró el gorro al suelo y empezó a recorrer la pieza de un extremo a otro, como un tigre en su jaula. Yo le había escuchado inmóvil; sentimientos extraños y contradictorios embargaban todo mi ser.

Entró el criado y anunció que el coche estaba dispuesto. Silvio me estrechó con fuerza la mano y nos dimos un abrazo. Subió al carricoche, donde habían sido cargadas dos maletas, una con las pistolas y la otra con sus efectos. Nos despedimos una vez más y los caballos partieron al galope.

II

Pasaron varios años. Circunstancias familiares me obligaron a instalarme en una pobre aldehuela del distrito de N. Debía atender los asuntos de la finca, aunque no dejaba de suspirar calladamente el recuerdo de mi antigua vida despreocupada y bulliciosa. Lo más difícil era, para mí, las veladas de otoño e invierno, que pasaba en la soledad más absoluta. Hasta la hora de la comida, mataba bien que mal el tiempo de conversación con el *stárosta*, vigilando los trabajos o recorriendo las nuevas dependencias; pero en cuanto la tarde declinaba, ya no sabía qué hacer. Los pocos libros que había encontrado en el fondo de los armarios y en la despensa, los conocía de memoria. Kirílovna, el ama de llaves, me había repetido todos los cuentos que podía recordar; las canciones de las mujeres me producían tedio. Me inicié en beber el dulce licor, pero me causaba dolor de cabeza; y además, lo confieso, tenía miedo a convertirme en un «borracho para olvidar penas», es decir, en el borracho más empedernido, entre los que abundaban en nuestro distrito. No tenía vecinos cercanos, a excepción de dos o tres de esos empedernidos, cuya conversación se reducía simplemente a hipos y suspiros. La soledad era más soportable.

A cuatro *verstas*¹ de mi casa se extendía una rica finca perteneciente a la condesa de B., pero únicamente el administrador la habitaba. La condesa sólo la había visitado una vez, el primer año de casada, y únicamente había vivido un mes en ella. Mas un día, en la segunda primavera de mi vida de anacoreta, se corrió el rumor de que la condesa iba con su marido a pasar el verano en su aldea. Y en efecto, llegaron a primeros de junio.

La llegada de un vecino acaudalado es todo un acontecimiento para quienes viven en el campo. Los propietarios y

¹ *Verstas*: Medida itineraria rusa, equivalente a 1067 m.

su servidumbre comienzan a hablar de ello dos meses antes y siguen hablando tres años después. En lo que a mi respecta, lo confieso, la noticia de la llegada de una vecina joven y hermosa me causó fuerte impresión; ardía en deseos de verla, y así, el primer domingo siguiente a su venida, me dirigí después de comer a la aldea de X. a fin de presentar mis respetos a sus señorías como vecino más cercano y seguro servidor.

Un criado me introdujo en el despacho del conde y salió para anunciar mi llegada. La espaciosa pieza estaba adornada con todo el lujo imaginable; a lo largo de las paredes se alineaban armarios llenos de libros y, sobre cada armario, un busto de bronce; encima de la chimenea de mármol veíase un ancho espejo; el piso estaba tapizado de paño verde y cubierto de alfombras. Perdido el hábito del lujo en mi pobre casa y después de no haber visto durante tanto tiempo la riqueza ajena, me intimidé; esperaba al conde con cierto nervosismo, al igual que un solicitante provinciano aguarda la salida de un ministro.

Se abrió la puerta y apareció un hombre como de treinta y dos años, de muy buena presencia. El conde se acercó a mí con gesto franco y amistoso; yo traté de recobrarme y empecé a presentarme ceremoniosamente, pero él no me permitió seguir en este tono. Tomamos asiento. Su conversación, espontánea y afable, no tardó en disipar mi timidez, nacida en aquel rincón perdido. Comenzaba ya a sentirme a mis anchas, cuando entró la condesa y la turbación se apoderó de mí con más intensidad que antes. En efecto, era una gran belleza. El conde me presentó. Quise parecer desenvuelto; pero por más esfuerzos que hiciera por mostrarme sencillo, más torpe me sentía. Ellos, a fin de darme tiempo a sosegar y habituarme a mis nuevos conocidos, comenzaron a hablar entre sí, tratándome sin cumplidos, como a un buen vecino. Mientras tanto, yo recorría la estancia, examinando libros y cuadros. Aunque no soy entendido en pintura, un lienzo lla-

mó mi atención. Representaba un paisaje de Suiza, pero lo que me maravilló no fue la pintura, sino el hecho de que el cuadro estuviese atravesado por dos balas, que habían sido disparadas una sobre la otra.

—Buen disparo —dije volviéndome hacia el conde.

—Sí —comentó él—, un disparo excelente. Y usted, ¿tira bien?

—No lo hago mal —contesté, satisfecho de que la conversación tocara, por fin, un tema que me era familiar—. A treinta pasos y tomando como blanco un naipe, no fallaría, aunque se entiende que con pistolas conocidas.

—¿De veras? —preguntó la condesa con muestras de gran interés—. Y tú, amigo mío, ¿acertarías en un naipe a treinta pasos de distancia?

—Deberíamos probar algún día —contestó el conde—. En tiempos no tiraba mal, pero hace cuatro años que no he tenido una pistola en la mano.

—En tal caso —observé— le aseguro que no acertaría en un naipe ni siquiera a veinte pasos: la pistola exige un ejercicio diario. Lo sé por experiencia. En mi regimiento, yo era uno de los mejores tiradores. En cierta ocasión estuve un mes sin tocar una pistola porque mis armas estaban en reparación. ¿Y sabe lo que ocurrió? El primer día que disparé, fallé cuatro veces seguidas tirando sobre una botella a veinticinco pasos. Estaba presente un capitán, un hombre bromista y gracioso, que me dijo: «Se ve, hermano, que la mano no te llega a la botella.» No, excelencia, no debe descuidar este ejercicio si no quiere perder la puntería por completo. El mejor tirador que he conocido disparaba cada día por lo menos tres veces antes de comer. Para él, esto era como el tomarse una copa de vodka.

El conde y la condesa parecían satisfechos de que yo hubiera roto mi silencio.

—¿Y qué tal tirador era? —me preguntó el conde.

—Verá, excelencia: si veía posarse una mosca en la pared

(¿se ríe, condesa?; palabra de honor que es verdad), si veía posarse una mosca, gritaba: «¡Kuzka, la pistola!», y Kuzka le traía la pistola cargada. Disparaba y dejaba a la mosca aplastada en la pared.

—Es extraordinario —comentó el conde—. ¿Cómo se llamaba?

—Silvio, excelencia.

—¡Silvio! —exclamó el conde, poniéndose en pie de un salto—. ¿Usted conoció a Silvio?

—Claro que sí, excelencia. Fuimos amigos. Lo habíamos acogido en nuestro regimiento como a un hermano, pero hará cosa de cinco años que no tengo la menor noticia de él. ¿Le conoció también su excelencia?

—Le he conocido, vaya si le he conocido. ¿No le refirió un caso muy raro?

—¿Se refiere, excelencia, a la bofetada que un tipo pendenciero dio a Silvio en un baile?

—¿Le dijo a usted el nombre de ese pendenciero?

—No, excelencia, no me lo dijo... ¡Ah! —proseguí, empeñado a adivinar la verdad—. Perdóneme... No podía suponer... ¿Será usted...?

—Soy yo mismo —contestó el conde, presa de gran emoción—. Y el cuadro agujereado es un recuerdo de nuestro último encuentro...

—Por favor, querido —suplicó la condesa—, no lo cuentes, me va a dar miedo oírlo.

—No —replicó el conde—, lo contaré todo. Él conoce la ofensa que infligí a su amigo; que conozca también la manera como Silvio se vengó.

El conde me acercó un sillón y yo escuché con el más vivo interés el siguiente relato.

—Me casé hace cinco años. El primer mes, *the honey moon*, lo pasé aquí, en esta aldea. A esta casa debo los mejores instantes de mi vida y uno de mis más penosos recuerdos.

»Una tarde paseábamos a caballo mi esposa y yo; su yegua

se puso terca, mi esposa se asustó, me entregó las bridas y decidió volver andando a casa. Yo me adelanté. En el patio vi un carricoche; me anunciaron que en el despacho me esperaba un hombre. No había querido decir su nombre, se había limitado a explicar que tenía un asunto pendiente conmigo. Entré en esta misma pieza y distinguí en la oscuridad a un hombre cubierto de polvo y con la barba crecida; estaba aquí, junto a la chimenea. Me acerqué, tratando de recordar sus facciones.

»—¿Me conoces, conde? —preguntó con voz temblorosa.

»—¡Silvio! —exclamé y, lo confieso, sentí que los cabellos se me erizaban.

»—En efecto —prosiguió él—. Me debes un disparo. He venido a descargar mi pistola. ¿Estás dispuesto?

»El arma le asomaba por un bolsillo de la levita. Medí doce pasos y me coloqué en aquel rincón, pidiéndole que disparase en seguida, antes de que mi esposa volviera. No mostraba prisa, pidió luz. Trajeron unas velas. Cerré la puerta, con la orden de que no entrara nadie, y le pedí una vez más que disparase.

»Sacó la pistola y apuntó... Yo contaba los segundos... pensaba en ella... ¡Fue un minuto terrible! Silvio bajó la mano.

»—Lamento —dijo— que mi pistola no esté cargada con huesos de cereza... una bala pesa mucho. Me sigue pareciendo que esto no es un duelo, sino un asesinato: no tengo la costumbre de apuntar sobre una persona desarmada. Comencemos de nuevo. Echamos suertes para ver a quién corresponde disparar el primero.

»La cabeza me daba vueltas... Creo que me resistí a aceptar... Finalmente, cargamos otra pistola; doblamos dos papeles; él los metió en el mismo gorro que yo había agujereado de un tiro; de nuevo saqué el primer número.

»—Eres endiabladamente afortunado, conde —dijo con una sonrisa que no olvidaré jamás.

»No recuerdo lo que me ocurrió entonces y cómo pudo obligarme a ello... pero disparé y di en ese cuadro».

El conde señaló el cuadro agujereado; su rostro le ardía como si fuera de fuego; el de la condesa estaba más blanco que su pañuelo; se me escapó una exclamación.

»Disparé —continuó el conde— y, gracias a Dios, fallé. Entonces Silvio (en aquel instante estaba verdaderamente horroso), Silvio empezó a apuntar sobre mí. De pronto se abrió la puerta, entró Masha y se precipitó hacia mí y me abrazó, lanzando un grito. Su presencia me devolvió la serenidad.

»Querida —le dije—, ¿no ves que se trata de una broma? ¡Cómo te has asustado! Anda, bebe un vaso de agua y luego ven con nosotros. Te presentaré a un viejo amigo y camarada.

»Masha se resistía a creerme.

»¿Es verdad lo que dice mi marido? —preguntó al terrible Silvio—. ¿Es verdad que se trata de una broma?

»—Él siempre está de broma, condesa —le contestó Silvio—. En una ocasión me dio en broma una bofetada; en broma, me atravesó de un balazo este gorro; en broma, ha disparado contra mí y acaba de fallar. Ahora soy yo el que tiene ganas de bromear...

»Después de estas palabras, quiso apuntar sobre mí... ¡en presencia de ella! Masha se arrojó a sus pies.

»—¡Levántate, Masha, es una vergüenza! —grité enfurecido—. Y usted, caballero, ¿tendrá el valor de burlarse de una pobre mujer? ¿Va a disparar o no?

»—No —respondió Silvio—. Ya estoy satisfecho: he visto tu turbación, tu temor. Te he obligado a disparar contra mí y con eso me conformo. Me recordarás. Te dejo con tu conciencia.

»Se disponía a salir, pero antes se detuvo en la puerta, miró el cuadro que yo había agujereado, disparó casi sin apuntar y desapareció. Mi esposa se había desmayado; la servidum-

bre no se atrevió a cerrarle el paso, mirándole aterrorizados. Salió al portal, llamó al cochero y se alejó antes de que yo hubiera podido serenarme».

El conde calló. Así supe el fin de la historia cuyo comienzo tanto me impresionara en otra ocasión. Se dice que Silvio se incorporó a la insurrección de Alejandro Ypsilanti, en la que mandaba una sección de la batería, y murió en la batalla de Skuliani.

LA NEVASCA

A fines de 1811, época memorable para nosotros, el bueno de Gavrila Gavrílovich R. vivía en su finca de Nenarádovo. En toda la comarca gozaba de fama de hospitalario y afable; constantemente acudían a su casa los vecinos para comer, beber, jugar al *boston* con su esposa, a cinco *kopeks*¹ la puesta, o, simplemente, para ver a su hija, María Gavrílovna, una esbelta y pálida señorita de diecisiete años. Pasaba por un partido rico y eran muchos los que la deseaban para sí o para sus hijos.

María Gavrílovna se había educado en la lectura de novelas francesas y, por consiguiente, estaba enamorada. Su elegido era un alférez pobre, que se encontraba de permiso en su aldea. Huelga decir que el joven ardía en igual pasión y que los padres de su amada, al advertir la mutua predisposición, habían prohibido a la hija hasta pensar en él; en cuanto al joven, lo recibían peor que a un consejero retirado.

Nuestros enamorados mantenían correspondencia y se veían a diario, a solas, en el pinar o en la vieja capilla. Allí se juraban amor eterno, se lamentaban de su suerte y hacían toda dase de proyectos. En cartas y conversaciones, pues, llegaron, cosa muy natural, a la siguiente conclusión: si no podemos vivir el uno sin el otro y la voluntad de unos padres crueles se opone a nuestra dicha, ¿por qué no prescindir de esa voluntad? Esta feliz idea, se comprende, acudió primero a la mente del joven y agradó mucho a la romántica imaginación de María Gavrílovna.

¹ *Kopek*: Moneda rusa, equivalente a la centésima parte de un rublo.

Llegó el invierno y se interrumpieron las entrevistas; la correspondencia, en cambio, se hizo más animada. Vladímir Nikoláievich suplicaba en cada una de sus cartas que tuviera confianza en él; se casarían en secreto, permanecerían algún tiempo ocultos y luego se echarían a los pies de los padres, quienes, claro está, quedarían por fin conmovidos ante la heroica constancia y la desgracia de los enamorados y les dirían irremisiblemente:

—¡Hijos, venid a nuestros brazos!

María Gavrilovna vaciló largo tiempo; muchos planes de fuga fueron rechazados. Por fin, dio su consentimiento: el día fijado debería retirarse sin cenar a su habitación con el pretexto de que le dolía la cabeza. Su doncella estaba al tanto de la conspiración; ambas deberían salir al jardín por la puerta trasera y allí subirían a un trineo que les estaría esperando y les llevaría directamente a la aldea de Zhádrino, a cinco *verstas* de Nenarádovo, donde Vladímir las esperaría.

La víspera del día decisivo, María Gavrilovna no durmió en toda la noche; hizo los preparativos, recogió la ropa interior y los vestidos y escribió una larga misiva a una señorita muy sentimental, amiga suya, y otra a sus padres. Se despedía de ellos en los términos más conmovedores, justificaba su acto por la fuerza invencible de la pasión y terminaba diciendo que el instante más feliz de su vida sería aquél en que le fuera permitido arrojarle a los pies de sus amadísimos papás. Después de cerrar las dos cartas con un sello de Tula, que representaba dos corazones llameantes con la inscripción adecuada, se echó en la cama poco antes del amanecer y se quedó dormida.

Sin embargo, unos sueños terribles la despertaban a cada instante. Ya le parecía que en el momento mismo en que tomaba el trineo para ir a casarse la sorprendía su padre, la arrastraba con dolorosa rapidez sobre la nieve y la arrojaba a un subterráneo oscuro y sin fondo... Ella caía vertiginosamente con el corazón desfallecido. Ya veía a Vladímir tendi-

do sobre la hierba, pálido y ensangrentado. Agonizando, le suplicaba a gritos que se diese prisa, que acudiese para casarse con él... Otros sueños disparatados y horribles se sucedían. Se levantó más pálida que de costumbre y con un dolor de cabeza no fingido. El padre y la madre advirtieron su inquietud; su tierna solicitud y sus constantes preguntas: «¿Qué ocurre, Masha? ¿Estás enferma, Masha?», desgarraban el corazón de la muchacha. Procuraba tranquilizarlos, trataba de mostrarse alegre, pero no podía.

Llegó la noche. La idea de que se encontraba entre los suyos por última vez le oprimía el corazón. Estaba más muerta que viva; se despedía en secreto de todas las personas, de cuantos objetos la rodeaban. Se sirvió la cena; su corazón empezó a latir violentamente. Con voz trémula, dijo que no tenía apetito y se despidió de sus padres. Ellos la besaron y la bendijeron como cada noche: Masha estuvo a punto de echarse a llorar.

Al entrar en su alcoba, dejóse caer en un sillón deshecha en lágrimas. La doncella trató de tranquilizarla y de darle ánimo. Todo estaba dispuesto. Dentro de media hora Masha debía abandonar para siempre la casa paterna, su habitación, la apacible vida de soltera... Había empezado la nevasca; el viento ululaba, los postigos se estremecían y eran sacudidos por grandes golpes; todo le parecía amenaza y triste augurio. Pronto el silencio invadió la casa dormida. Masha se envolvió en un chal, se echó por encima una capota de abrigo, tomó su arqueta y salió a la puerta trasera. La doncella la seguía con dos bultos. Llegaron al jardín. La nevasca no cedía; el viento soplaba de cara, como si quisiera detener a la joven irresponsable. A duras penas llegaron al otro lado del jardín. En el camino las esperaba el trineo. Los caballos, helados, no podían estarse quietos; el cochero de Vladímir iba y venía ante las varas, conteniendo a los impacientes animales. Ayudó a la señorita y a la doncella a acomodarse y a colocar los bultos y la arqueta, empuñó las rien-

das y los caballos partieron al galope. (Confiemos la señorita a la tutela del destino y a la habilidad de Terioshka, el cochero, y volvamos a nuestro joven enamorado).

Vladímir había estado el día entero haciendo gestiones. Por la mañana estuvo con el sacerdote de Zhádrino, a quien logró convencer con gran esfuerzo; luego se dedicó a buscar testigos entre los propietarios de la vecindad. El primero a quien recurrió en petición de sus servicios, Dravin, un alférez retirado de caballería, de cuarenta años, aceptó de buen grado. La aventura, decía, le recordaba tiempos pasados y las barrabasadas de los húsares. Convenció a Vladímir de que se quedara a comer con él, asegurándole que no debía preocuparse por los otros dos testigos. En efecto, inmediatamente después de la comida se presentaron el agrimensor Schmidt, con sus bigotes y sus espuelas, y un muchacho de unos dieciséis años, hijo del jefe de policía del distrito, que poco antes había ingresado en un regimiento de ulanos. No sólo se mostraron conformes con la petición de Vladímir, sino que incluso le juraron que, llegado el caso, sacrificarían su vida por él. Vladímir los abrazó entusiasmado y volvió a su casa para ultimar los preparativos.

Hacía mucho que había oscurecido. Mandó a su fiel Terioshka a Nenarádovo con su *troika*² y con instrucciones detalladas y precisas y pidió un pequeño trineo de un caballo; y solo, sin cochero, se dirigió a Zhádrino, adonde dos horas más tarde llegaría María Gavrílovna. Conocía bien el camino y el viaje no duraría más de veinte minutos.

Mas apenas Vladímir había dejado atrás las últimas casas y salido al campo, se levantó el viento y empezó tal nevasca, que le era imposible ver nada. En un instante, el camino se cubrió de nieve. Cuanto había alrededor desapareció en una neblina turbia y amarillenta, a través de la cual volaban blancos copos de nieve; el cielo se confundió con la tie-

² *Troika*: Trineo tirado por tres caballos.

rra; Vladímir se vio en medio del campo y trató inútilmente de volver al camino; el caballo avanzaba a ciegas y a cada instante tropezaba en un montón de nieve o caía en un hoyo; el trineo volcaba a cada paso. De lo único que Vladímir se preocupaba era de no desorientarse. Le pareció, sin embargo, que había transcurrido más de media hora y el soto de Zhádrino seguía sin aparecer. Pasaron otros diez minutos sin que apareciera. Vladímir iba por un campo atravesado por profundas barrancas. La nevasca no cedía, el cielo no se aclaraba. El caballo empezaba a dar muestras de cansancio y Vladímir estaba bañado en sudor, aunque a cada instante se encontraba hundido en la nieve hasta la cintura.

Se convenció, por fin, de que no seguía la dirección debida. Se detuvo a pensar, a recordar, a hacer conjeturas, y se convenció de que debía torcer hacia la derecha. Así lo hizo. Su caballo andaba apenas. Ya llevaba más de una hora de camino. Zhádrino no debía de estar lejos. Pero él avanzaba, y el campo no tenía fin. Todo eran montones de nieve y barrancas. El trineo volcaba a cada instante, y a cada instante tenía que levantarlo. El tiempo transcurría; Vladímir estaba ya muy inquieto.

Por fin, algo negro se vislumbró a un lado. Vladímir se dirigió hacia allí. Al acercarse reconoció el soto. «Gracias a Dios —pensó—, ya estoy cerca.» Siguió, bordeando los árboles, con la esperanza de encontrar en seguida el camino o de contornear el bosquecillo: Zhádrino estaba junto a él. No tardó en descubrir el camino y penetró en la oscuridad de los árboles, desnudados por el invierno. El viento no podía soplar allí con tanta violencia; el camino era llano; el caballo se animó y Vladímir recobró la tranquilidad.

Sin embargo, avanzaba y avanzaba y Zhádrino no aparecía; el soto era interminable. Vladímir comprobó espantado que se había metido en un bosque desconocido. Se sintió dominado por la desesperación. Fustigó al caballo; el pobre animal se puso al trote, pero de ahí a poco empezó a ceder y

al cuarto de hora siguió de nuevo al paso, a pesar de todos los esfuerzos del desdichado Vladímir.

Poco a poco, los árboles empezaron a clarear y Vladímir salió del bosque; Zhádrino seguía sin aparecer. Probablemente sería medianoche. Las lágrimas brotaron a raudales de sus ojos; siguió a la buena de Dios. El tiempo se había calmado, las nubes se dispersaban y ante él se extendía la llanura cubierta de un manto blanco y ondulado. La noche era bastante clara, divisó en las cercanías una aldehuela de cuatro o cinco casas. Vladímir se acercó a ella. Saltó del trineo ante la primera isba, corrió a la ventana y empezó a llamar. Al cabo de unos minutos se entreabrieron las maderas y un viejo asomó su barba blanca.

—¿Qué quieres?

—¿Está lejos Zhádrino?

—¿Que si está lejos Zhádrino?

—Sí, sí. ¿Está lejos?

—No mucho. Cosa de diez *verstas*.

Al oír esta respuesta, Vladímir se agarró la cabeza y quedó inmóvil, como un condenado a muerte.

—¿Y tú de dónde vienes? —preguntó el viejo.

Vladímir no se sentía con fuerzas para contestar.

—Abuelo —dijo—, ¿podrías procurarme caballos para ir a Zhádrino?

—¿Qué caballos podemos tener nosotros! —replicó el *mujik*³.

—¿Podría, al menos, encontrar un guía? Pagaré lo que me pida.

—Espera —dijo el viejo, cerrando la ventana—. Te voy a mandar a mi hijo. Él te acompañará.

Vladímir quedó esperando. No había pasado un minuto cuando empezó a llamar de nuevo. Se abrió la ventana y reapareció la barba.

³ *Mujik*: Campesino ruso.

—¿Qué quieres?

—¿Y tu hijo?

—Ahora mismo sale, se está calzando. ¿O es que tienes frío? Pasa, entrarás en calor.

—Gracias, manda a tu hijo cuanto antes.

El portón rechinó; salió un mozo con su garrote y echó a andar por delante, ya señalando, ya buscando el camino, que estaba cubierto por montones de nieve.

—¿Qué hora es? —le preguntó Vladímir.

—Pronto amanecerá —contestó el joven *mujik*.

Vladímir ya no volvió a abrir la boca.

Cantaban los gallos y había amanecido cuando llegaron a Zhádrino. La iglesia estaba cerrada. Vladímir retribuyó al guía y se dirigió a la casa del sacerdote. En el patio no estaba su *troika*. ¿Qué noticia le aguardaba?

Pero volvamos a los buenos terratenientes de Nenarádovo y veamos lo que allí ocurre.

Nada, sencillamente.

Los viejos se despertaron y salieron a la sala, Gavrila Gavrílovich con gorro de dormir y un chaquetón de frisa, y Praskovia Petrovna con una bata enguatada. Trajeron el samovar y Gavrila Gavrílovich mandó a la criada a preguntar si María Gavrílovna se sentía mejor y cómo había descansado. La criada volvió diciendo que la señorita había dormido mal, pero que se sentía mejor y se disponía a acudir a la sala. En efecto, se abrió la puerta y María Gavrílovna se acercó a dar los buenos días a sus padres.

—¿Cómo va esa cabeza, Masha? —le preguntó Gavrila Gavrílovich.

—Mejor, papá —contestó ella.

—Seguramente saldría tufo de la estufa —añadió Praskovia Petrovna.

—Es posible, mamá.

El día transcurrió felizmente, pero con la llegada de la noche Masha cayó enferma. Mandaron a la ciudad en busca

de un médico. Acudió éste y la encontró delirando. Se le había declarado una fuerte calentura y la pobre enferma estuvo dos semanas al borde de la muerte.

En la casa nadie sabía nada de la tentativa de fuga. Las cartas escritas la víspera habían sido quemadas; la doncella no dijo ni una palabra a nadie, temerosa de la ira de los señores. Por su cuenta y razón, el sacerdote, el alférez retirado, el bigotudo agrimensor y el pequeño ulano fueron discretos. Al cochero Terioshka nunca se le había escapado una palabra de más, ni siquiera estando bebido. Así, el secreto fue guardado por más de media docena de cómplices. Pero la propia María Gavrilovna, en su incesante delirio, lo reveló. Sus palabras, empero, eran tan incongruentes, que la madre, que no se apartaba de su cabecera, lo único que pudo deducir de ellas fue que su hija estaba perdidamente enamorada de Vladímir Nikoláievich y que, sin duda, el amor era la causa de la enfermedad. Se aconsejó con su marido y con varios vecinos y se llegó a la unánime decisión de que, al parecer, tal era el sino de María Gavrilovna, que los designios del destino son ineludibles, que la pobreza no es pecado, que no se vive con bienes, sino con personas, y así por el estilo. (Los proverbios morales son en nuestro país asombrosamente útiles cuando somos incapaces de encontrar por nuestra propia cuenta justificación a nuestros actos).

Mientras tanto, la señorita empezó a reponerse. Hacía tiempo que Vladímir no aparecía por la casa de Gavril Gavrilovich. Recordaba, con temor sin duda, el mal recibimiento que hasta entonces se le había hecho. Decidieron comunicarle la inesperada felicidad que le aguardaba: el consentimiento para la boda. Pero ¡cuál no sería el estupor de los propietarios de Nenarádovo cuando, en respuesta a su invitación, recibieron una carta que parecía escrita por un loco! Les anunciaba que jamás volvería a poner los pies en su casa y pedía que olvidasen a aquel desgraciado para quien la muerte era ya la única esperanza. Días más tarde supieron que

Vladímir se había incorporado al ejército. Esto sucedía en 1812.

Pasó largo tiempo sin que los padres se atreviesen a comunicar la noticia a Masha, que seguía convaleciente. Ella no hablaba nunca de Vladímir. Unos meses más tarde, al encontrar su nombre en las listas de oficiales distinguidos y heridos de gravedad en la batalla de Borodino, se desmayó. Temieron que las calenturas se reprodujeran. Pero, a Dios gracias, el desmayo no tuvo otras consecuencias.

Una desgracia más había de alcanzarle: falleció Gavrila Gavrílovich, dejándola heredera universal de toda la hacienda. Pero la fortuna no le consolaba; compartía sinceramente el dolor de la pobre Praskovia Petrovna y juró no separarse nunca de ella. Abandonaron Nenarádovo, lugar de tristes recuerdos, y se trasladaron a otra finca.

También aquí proliferaban los pretendientes en torno a la hermosa y acaudalada joven, pero ella jamás insinuaba la menor esperanza. La madre insistía a veces en la necesidad de elegir compañero. María Gavrílovna meneaba la cabeza y quedaba pensativa. Vladímir ya no existía: había muerto en Moscú, la víspera de la entrada de los franceses. Su memoria parecía sagrada para Masha, al menos conservaba cuanto pudiera recordárselo: los libros que él había leído en tiempos, sus dibujos y cuadernos de música, los versos que había copiado para ella. Los vecinos, al saberlo, se hacían cruces de su constancia y esperaban curiosos al héroe que debería triunfar sobre la triste fidelidad de aquella virginal Artemisa.

Mientras tanto, la guerra terminó gloriosamente. Nuestros regimientos regresaban del extranjero. El pueblo corría a recibirlos. La música interpretaba melodías conquistadas: *Vive Henri-Quatre*, vales tirolese y arias de la *Gioconda*. Los oficiales que habían empezado la campaña casi adolescentes regresaban curtidos por el humo de la pólvora y cargados de condecoraciones. Los soldados charlaban alegremente entre sí, intercalando en cada frase palabras alemanas y france-

sas. ¡Un tiempo inolvidable! ¡Tiempo de gloria y entusiasmo! ¡Cómo latía el corazón ruso a la palabra patria! ¡Qué dulces lágrimas las del encuentro! ¡Con qué unanimidad uníamos el sentimiento de orgullo nacional y el amor al soberano! ¡Y qué momento para él!

Las mujeres, las mujeres rusas se mostraron entonces incomparables. Su habitual frialdad había desaparecido. Su entusiasmo era verdaderamente embriagador cuando, al recibir a los vencedores, gritaban «¡Hurra!»

y tiraban las cofias al aire.

¿Qué oficial de aquel entonces no confesará que debe a la mujer rusa la mejor y más valiosa de las recompensas?

En aquellos brillantes días, María Gavrílovna vivía con su madre en la provincia de X. y no advirtió siquiera cómo ambas ciudades festejaban el regreso de las tropas. Pero en las ciudades pequeñas y aldeas quizá el entusiasmo general fuese aún mayor. La aparición en esos lugares de un oficial era allí un auténtico triunfo y el galán de frac lo pasaba muy mal a su lado.

Ya hemos dicho que, a pesar de su frialdad, María Gavrílovna seguía viéndose rodeada de pretendientes. Pero todos tuvieron que retirarse cuando entró en escena el coronel de húsares Burmín, herido y con la cruz de San Jorge, con una *atractiva palidez*, según decían las señoritas de la comarca. Frisaba en los veintiséis años y se hallaba de permiso en su finca, lindante con la de María Gavrílovna, que le hacía objeto de grandes distinciones. En su presencia, su habitual melancolía se esfumaba y ella parecía revivir. No se podía decir que coqueteara, pero el poeta, al observar su conducta, habría dicho:

Se amor non è, che dunche...

Burmín era, en efecto, un joven muy agradable. Poseía la mente que agrada a las mujeres: la mente del decoro y de la observación, sin pretensiones de ningún género y con espíritu un tanto burlón. Ante María Gavrílovna se mostraba sencillo, sin sentirse cohibido; pero toda su alma y todas sus miradas le seguían, dijera lo que dijera o hiciese lo que hiciese. Parecía de un natural pacífico y discreto, aunque corría el rumor de que en tiempos había sido un terrible calavera. Pero esto no le perjudicaba en el concepto que de él tenía María Gavrílovna, quien (como todas las damas jóvenes en general) perdonaba de buen grado las travesuras que ponen de manifiesto audacia y un inflamable carácter.

Pero más que todo... (más que la ternura, más que su agradable conversación, más que la *atractiva palidez*, más que el brazo en cabrestillo) era el silencio del joven húsar lo que espoleaba su curiosidad y su imaginación. Tenía que admitir que le agradaba mucho; probablemente también él, con su inteligencia y conocimiento del mundo, había advertido las distinciones de que era objeto: ¿cuál era, pues, la causa de que hasta entonces no le hubiera visto a sus pies y no hubiese escuchado su declaración? ¿Qué le retenía? ¿La timidez, el orgullo, las artes del astuto mujeriego? Para ella constituía un enigma. Después de mucho meditarlo, María Gavrílovna llegó a la conclusión de que la única causa era la timidez y se formuló el propósito de animarle con más atenciones y, si las circunstancias lo aconsejaban, también con ciertas muestras de ternura. Preparó, pues, el más sorprendente de los desenlaces y esperaba con impaciencia la hora de la romántica explicación. Porque el secreto, de cualquier género que sea, siempre es algo que abruma un corazón de mujer.

Sus acciones militares tuvieron el éxito apetecido: al menos, Burmín cayó en un estado de meditación tan profunda y sus negros ojos se clavaron con tal fuego en María Gavrílovna, que el instante decisivo parecía hallarse próximo. Los ve-

cinos hablaban de la boda como de algo decidido, y la buena Praskovia Petrovna se alegraba de que su hija hubiese encontrado, por fin, un novio digno de ella.

La anciana estaba un día en la sala, haciendo solitarios, cuando entró Burmín y preguntó por María Gavrílovna.

—Está en el jardín —contestó ella—. Vaya usted, yo les esperaré aquí.

Burmín salió y la anciana se persignó, mientras pensaba: ¡a ver si hoy termina todo!

Burmín encontró a María Gavrílovna junto al estanque, al pie de un sauce, con un libro en la mano y vestida de blanco: una auténtica heroína de novela. Después de las primeras preguntas, ella, intencionadamente, desanimó la conversación, aumentando así la mutua turbación, de la que sólo podía sacarles una explicación súbita y decidida. Así fue: Burmín, sintiendo lo embarazoso de su situación, le dijo que hacía tiempo estaba buscando la oportunidad de abrirle su corazón y le rogó que le escuchase unos momentos. María Gavrílovna cerró el libro y bajó la vista en señal de aquiescencia.

—La amo —dijo Burmín—, la amo apasionadamente... (María Gavrílovna se ruborizó e inclinó la cabeza más aún.) Cometí la imprudencia de entregarme a la dulce costumbre de verla y escucharla a diario... (María Gavrílovna recordó la primera carta de Saint-Preux.) Ahora es ya demasiado tarde para oponerme a mi suerte; su recuerdo, su imagen querida e incomparable será desde hoy el tormento y la alegría de mi vida. Pero me queda por cumplir una penosa obligación, revelar un espantoso secreto que levantará entre nosotros una infranqueable barrera...

—Esa barrera existió siempre —le interrumpió vivamente María Gavrílovna—. Nunca podré ser su esposa.

—Lo sé —siguió él en voz baja—, sé que usted amó en otro tiempo, pero la muerte y tres años de dolor... Mi buena y querida María Gavrílovna, no me prive de mi último con-

suelo, de la idea de que usted accedería a hacer mi felicidad si... calle, por Dios se lo pido, calle. Usted me tortura. Sí, lo sé, siento que habría sido mía, pero soy el más infeliz de los hombres... ¡Estoy casado!

María Gavrílovna lo miró sorprendida.

—Estoy casado —prosiguió Burmín—; hace tres años que estoy casado y no sé quién es mi esposa, ni dónde está, ni si llegaré a verla alguna vez.

—¿Qué dice usted? —exclamó María Gavrílovna— ¡Qué extraño es todo eso! Siga, yo le contaré después... pero siga, por favor.

—A principios de 1812 —explicó Burmín— me dirigía a Vilna, donde se encontraba mi regimiento. Llegué a una estación de posta ya entrada la noche y pedí que cambiasen rápidamente el tiro cuando, de pronto, se levantó una terrible nevasca y el jefe de la estación y los cocheros me aconsejaron esperar. Atendí su consejo, pero una incomprensible inquietud se apoderó de mí; parecía como si alguien me empujase. La nevasca no cedía. Impaciente, hice que engancharsen y partí en plena tempestad. El cochero tuvo la idea de ir por el río, lo que debía acortar nuestro camino unas tres *verstas*. Las márgenes estaban cubiertas por la nieve; el cochero no advirtió el lugar por donde se salía el camino y fuimos a parar a un lugar desconocido. La tempestad no se calmaba; vi una luz y ordené al cochero que nos acercásemos a ella. Llegamos a una aldea; en la iglesia, de madera, había luz. Las puertas estaban abiertas, dentro del recinto había unos cuantos trineos; por el atrio se movían ciertas figuras. «¡Aquí! ¡Aquí!», gritaron varias voces. Dije al cochero que se acercase. «¿Cómo es que te has retrasado tanto? —me dijo alguien—. La novia se ha desmayado; el pope no sabe qué hacer; nos disponíamos ya a dar la vuelta. Baja, date prisa.» Salté en silencio del trineo y entré en la iglesia, débilmente iluminada por dos o tres velas. Una muchacha estaba sentada en un banco, en un rincón oscuro, y otra le frotaba las sie-

nes. «Gracias a Dios —dijo esta última—; por fin ha venido. La señorita está medio muerta.» El viejo sacerdote se acercó para preguntarme: «¿Empezamos?» «Empiece, empiece, padre», contesté distraído. Pusieron en pie a la muchacha. Me pareció que no era fea... Una ligereza incomprensible, imperdonable... Me coloqué a su lado ante el altar; el sacerdote tenía prisa; tres hombres y la doncella sostenían a la novia y sólo se ocupaban de ella. Nos casaron. «Pueden besarse», nos dijeron. Mi esposa volvió hacia mí su pálido rostro. Yo quise besarla... Ella gritó: «¡Ay, no es él! ¡No es él!», y cayó desvanecida. Los testigos me miraron con ojos empavorecidos. Di la vuelta, salí de la iglesia sin que nadie hiciese nada por detenerme, me precipité a mi trineo y ordené: «¡En marcha!»

—¡Dios mío! — exclamó María Gavrílovna—. ¿Y no sabe lo que fue de su pobre esposa?

—No —contestó Burmín—. No sé el nombre de la aldea en que me casé, no recuerdo de qué estación de posta había salido. En aquella época atribuía tan poca importancia a mi criminal travesura, que, al salir de la iglesia, me dormí y no me desperté hasta la mañana siguiente, ya en la tercera estación. El criado que entonces me acompañaba murió en la guerra, así que no tengo la menor esperanza de encontrar a la mujer a quien gasté una broma tan cruel y que ahora se ve tan duramente vengada.

—¡Dios mío, Dios mío! —dijo María Gavrílovna, apretándole la mano—. ¡De modo que fue usted! ¿Y no me reconocе?

Burmín palideció... y se arrojó a sus pies...

EL FABRICANTE DE ATAÚDES

Los últimos enseres del fabricante de ataúdes Adrián Prójorov fueron cargados en la carroza fúnebre y la pareja de esqueléticos pencos se arrastró por cuarta vez desde la calle Basmannaia hasta la Nikítskaia, a donde el fabricante se trasladaba. Después de cerrar la tienda, clavó en la puerta un anuncio explicando que la casa se vendía o alquilaba y se dirigió a pie a su nuevo domicilio.

Al acercarse a la casita amarilla que desde hacía tanto tiempo cautivaba su imaginación y que por fin había adquirido por una respetable suma, el viejo fabricante de ataúdes advirtió con asombro que su corazón no se regocijaba. Al traspasar el desconocido umbral y encontrar su nueva morada en pleno desorden, suspiró recordando la vetusta casucha en la que durante dieciocho años todo había estado sometido al orden más riguroso; después de reñir a sus dos hijas y la criada por su lentitud, se dispuso a ayudarlas. Pronto estuvo todo en su sitio: el retablo de los íconos, el armario de la vajilla, la mesa, el diván y la cama ocuparon los lugares que él les había destinado en la habitación interior; en la cocina y en la sala encontraron sitio los artículos propios de la profesión del dueño: ataúdes de todos los colores y tamaños; sombreros, capas y antorchas. Sobre la puerta, un cartel representaba un robusto Cupido con una antorcha vuelta hacia abajo en la mano y la inscripción: «Se venden y tapizan ataúdes sencillos y pintados. También se alquilan y reparan los viejos.» Las muchachas se retiraron a su habitación y Adrián, después de pasar revista a su vivienda, se sentó junto a la ventana y ordenó que preparasen el samovar.

El culto lector sabe que Shakespeare y Walter Scott presentaban a sus sepultureros como hombres alegres y burlescos para impresionarnos más con el contraste. Por respeto a la verdad, nosotros no podemos seguir su ejemplo y nos vemos obligados a confesar que el carácter de nuestro fabricante de ataúdes correspondía por entero a su lúgubre oficio. Adrián Prórorov se mostraba de ordinario sombrío y taciturno. Únicamente salía de su silencio para reñir a sus hijas cuando las sorprendía sin hacer nada, mirando por la ventana a los transeúntes, o para pedir un precio excesivo por sus obras a quienes tenían la desgracia (o a veces el placer) de necesitarlas. Así, pues, mientras tomaba la séptima taza de té sentado junto a la ventana, Adrián, fiel a su costumbre, se hallaba sumido en tristes meditaciones. Pensaba en la lluvia torrencial que una semana antes había caído en las mismas puertas de la ciudad sobre el entierro de un brigadier retirado. Esto había sido la causa de que muchas capas se hubiesen encogido y de que muchos sombreros se hubiesen arrugado. Preveía gastos inevitables, pues los antiguos atavíos fúnebres de que disponía se encontraban en lastimoso estado. Confiaba en resarcirse de los gastos a expensas de la vieja comerciante Triújina, que ya llevaba casi un año muriéndose. Pero la Triújina se moría en la calle Razguliái y Prórorov temía que los herederos, a pesar de sus promesas, se resistieran a mandar a buscarle desde tan lejos y recurriesen a los servicios de un establecimiento de pompas fúnebres más cercano.

Estas meditaciones fueron interrumpidas por tres golpes masónicos en la puerta.

—¿Quién es? —preguntó el fabricante de ataúdes.

La puerta se abrió y un hombre en quien a primera vista podía reconocerse a un menestral alemán, entró en la habitación y se acercó a Adrián con alegre aspecto.

—Perdóneme, querido vecino —dijo en ese ruso que hasta hoy no podemos oír sin reírnos—. Perdóneme si le moles-

to... Deseaba conocerle cuanto antes. Soy zapatero, me llamo Gotlib Schultz y vivo ahí enfrente, en esa casita que puede ver desde su ventana. Mañana celebro mis bodas de plata y he venido a rogarle que asista con sus hijas a nuestra sencilla comida.

La invitación fue aceptada. El fabricante de ataúdes convidó al zapatero a tomar una taza de té con él y, gracias al abierto carácter de Gotlib Schultz, no tardaron en entablar amistosa conversación.

—¿Cómo le va el negocio a su merced? —preguntó Adrián.

—Así, así —contestó Schultz—. Unas veces bien y otras mal. Aunque no puedo quejarme. Cierto es que mi mercancía no es como la suya: el vivo puede prescindir de las botas, mientras que el muerto no vive sin ataúd.

—Es la pura verdad —asintió Adrián—. Sin embargo, si el vivo no tiene con qué adquirir unas botas, anda descalzo. Mientras que el difunto pobre, aunque sea gratis, encuentra su ataúd.

Así transcurrió la charla durante algún tiempo; por fin, el zapatero se puso en pie y, al despedirse, reiteró su invitación.

Al día siguiente, a las doce en punto, el fabricante de ataúdes y sus hijas traspusieron el portillo de su nueva casa para dirigirse a la del vecino. No describiré ni el caftán de Adrián Prójorov ni las galas europeas de Akulina y Daria, abandonando en este caso la costumbre de los novelistas de nuestro tiempo. Creo, sin embargo, que no será superfluo señalar que ambas jóvenes lucían sombreros amarillos y zapatos rojos, cosa que sólo se permitía en las grandes solemnidades.

La reducida vivienda del zapatero estaba rebosante de invitados, en su mayor parte maestros artesanos alemanes con sus esposas y sus oficiales. El único funcionario ruso era un guardia de orden público, el finlandés Jurko, quien, a pesar de su humilde categoría, había sabido ganarse la parti-

cular benevolencia del anfitrión. Jurko llevaba alrededor de veinticinco años sirviendo con toda honradez y celo, igual que el cartero de Pogorelski. El incendio del año 12, al destruir la primera capital del reino, se tragó también su garita amarilla. Pero tan pronto como el enemigo fue expulsado, en su lugar apareció otra nueva, de color gris con blancas columnillas de estilo dórico, y Jurko pudo de nuevo ir y venir ante ella «con el hacha y la coraza de burdo paño.» Le conocían casi todos los alemanes que habitaban en las cercanías de la puerta de Nikitski: algunos de ellos incluso pasaban en la garita de Jurko la noche del domingo.

Adrián se apresuró a entablar conocimiento con él, pues era un hombre del que, tarde o temprano, podía necesitar, y cuando los invitados se acercaron a la mesa, tomaron asiento juntos. El señor y la señora Schultz, así como su hija Lotchen, muchacha de diecisiete años, comían con los invitados y, a la vez, ayudaban a la cocinera a servir los distintos platos. La cerveza corría a raudales. Jurko tragaba por cuatro; Adrián no se quedaba a la zaga; sus hijas hacían melindres; la conversación en alemán era cada vez más ruidosa.

De pronto, el anfitrión reclamó silencio y después de descorchar una botella lacrada, brindó en ruso a voz en cuello:

—¡A la salud de mi buena Luisa!

Burbujeó el vino achampañado. El anfitrión besó con ternura las frescas mejillas de su esposa, una mujer de cuarenta años, y los invitados bebieron bulliciosamente a la salud de la buena Luisa.

—¡A la salud de mis queridos invitados! —volvió a brindar el anfitrión, descorchando una segunda botella, y los invitados le dieron las gracias y apuraron nuevamente sus copas.

Se sucedieron los brindis: se bebió por Moscú y por toda una docena de ciudades alemanas, se bebió por todos los gremios en general y cada uno de ellos en particular, se bebió a la salud de los maestros y de los oficiales. Adrián bebía con

entusiasmo y se puso tan alegre que él mismo llegó a pronunciar un cómico brindis. De pronto, uno de los invitados, un panadero muy grueso, levantó la copa y exclamó:

—¡A la salud de aquellos para quienes trabajamos!

El brindis, como todos los anteriores, fue acogido con unánime alegría. Los invitados empezaron a hacerse reverencias mutuas, el sastre al zapatero, el zapatero al sastre, el panadero a ambos, todos al panadero, y así sucesivamente. En plenas reverencias, Jurko gritó, volviéndose a su vecino:

—¿Y tú? ¡Bebe a la salud de tus difuntos!

Todos soltaron la risa, pero el fabricante de ataúdes, considerándose ofendido, arrugó el ceño. Nadie lo advirtió, los invitados siguieron bebiendo y ya tocaban a vísperas cuando se levantaron de la mesa.

Se separaron tarde y, en su mayoría, achispados. El gordo panadero y un encuadernador, cuya cara parecía de corcobán rojo, llevaron a Jurko del brazo hasta su garita, fieles en este caso al dicho de que amor con amor se paga. El fabricante de ataúdes llegó a su casa ebrio e irritado.

—¿Qué significa esto? —discurría en voz alta—. ¿Por qué mi oficio es peor que el de los demás? ¿Acaso el que hace ataúdes es hermano del verdugo? ¿De qué se ríen esos infieles? ¿Es el fabricante de ataúdes un payaso de feria? Tenía la intención de invitarles para celebrar la apertura de mi nuevo establecimiento, darles una comilona. ¡Pero no será así! Invitaré a aquellos para quienes trabajo, a los muertos ortodoxos.

—¿Se da cuenta de lo que dice? —le preguntó la criada, que les estaba descalzando—. ¡No diga disparates! ¡Santíguese! ¡Vaya una ocurrencia, invitar a los muertos!

—Pues como lo oyes, así lo haré —insistió Adrián—. Mañana mismo. Bienhechores míos, tened la bondad de venir mañana por la noche a mi casa. Os ofreceré un festín, os agasajaré lo mejor que pueda...

Y dichas estas palabras, el fabricante de ataúdes se tum-

bó en la cama y no tardó en empezar a roncar.

No había amanecido cuando despertaron a Adrián. La Triújina había fallecido aquella misma noche y uno de sus dependientes había acudido a caballo para avisarle. El fabricante de ataúdes le dio diez *kopeks* de propina, se vistió a toda prisa, tomó un coche de punto y se dirigió a la calle Razguliái. Ante la puerta de la casa de la difunta estaba ya la policía y los vendedores iban y venían lo mismo que cuervos al olor de la carroña. La difunta yacía sobre una mesa, amarilla como la cera, pero aún no desfigurada por la descomposición. A su alrededor se agolpaban parientes, vecinos y servidores. Todas las ventanas estaban abiertas; ardían las velas; los sacerdotes leían las preces.

Adrián se acercó al sobrino de la Triújina, un joven comerciante que vestía levita de moda, y le anunció que el ataúd, las velas, los paños y demás accesorios fúnebres le serían traídos inmediatamente y en perfecto estado. El heredero le dio las gracias distraído, añadiendo que no tenía el propósito de regatear y se fiaba en todo de su honradez. El fabricante de ataúdes, fiel a su costumbre, puso a Dios por testigo de que no cobraría de más, y después de cambiar una mirada de inteligencia con el administrador, se fue a disponer lo necesario. El día entero lo pasó yendo y viniendo entre Razguliái y la Puerta de Nikitski. Al anochecer estaba todo arreglado y regresó a casa a pie, despidiendo a su cochero. Era una noche de luna. El fabricante de ataúdes llegó felizmente a la Puerta de Nikitski. Junto al templo de la Asociación le dio el alto nuestro amigo Jurko, quien, al reconocerlo, le deseó buenas noches. Era ya tarde. El fabricante de ataúdes se acercaba a su casa cuando, de pronto, le pareció que alguien llegaba a ella, abría el portillo y se metía dentro.

«¿Qué es eso? —pensó Adrián—. ¿Otro que también necesita mis servicios? ¿Será un ladrón? ¿Vendrá algún amante a visitar a las estúpidas de mis hijas? ¡Era lo único que faltaba!»

Pensó en recurrir a la ayuda de su amigo Jurko. En aquel momento se acercó alguien más al portillo con intención de entrar en la casa, pero al ver al dueño que se acercaba corriendo, se detuvo y llevó la mano al tricornio que le cubría. A Adrián le pareció conocer su cara, pero con las prisas no tuvo tiempo de fijarse bien.

—¿Viene a mi casa? —preguntó jadeante—. Pase, por favor.

—No guardes ceremonias —replicó el desconocido con voz sorda—. Pasa tú primero e indica el camino a tus invitados.

En efecto, Adrián no tuvo tiempo de andarse con ceremonias. El portillo estaba abierto y subió los peldaños, seguido del visitante. Le pareció que alguien andaba por sus habitaciones. «¿Qué demonios es esto?», pensó. Se apresuró a entrar y... las rodillas se le doblaron. La habitación estaba llena de muertos. La luna, que penetraba por la ventana, iluminaba sus caras amarillas y amoratadas, las bocas hundiadas, los ojos turbios y a medio cerrar, las afiladas narices... Adrián, horrorizado, reconoció en ellos a personas enterradas gracias a su celo; en el invitado que había entrado con él, identificó al brigadier inhumado el día de la lluvia torrencial. Todos ellos, señoras y señores, rodearon al fabricante de ataúdes entre reverencias y saludos; sólo un pobre de beneficencia, enterrado a cargo del erario público, se mantenía humildemente en un rincón, avergonzado de sus harapos. Todos los demás iban decentemente vestidos: las difuntas, con cofias y lazos; los funcionarios, de uniforme, pero sin afeitar; los comerciantes, con sus caftanes de día de fiesta.

—Como puedes ver, Próyorov —le dijo el brigadier en nombre de la honorable concurrencia—, todos nos hemos levantado de la tumba para acudir a tu invitación; únicamente han quedado en casa aquellos a quienes les era imposible venir, los que se han desintegrado por completo, los que no tienen ya nada más que huesos. Aunque aquí tienes a uno

de ésos, al que nada ha retenido: eran tantos los deseos que sentía de visitarte...

En aquel momento, un pequeño esqueleto se abrió paso entre la multitud y se acercó a Adrián. Su calavera sonreía afablemente al fabricante de ataúdes. Girones de paño verde claro y rojo y de lienzo podrido pendían de él como de una pértiga, mientras que los huesos de sus pies se removían en unas enormes botas altas, como el majador en el almirez.

—No me has reconocido, Prórorov —dijo el esqueleto—. ¿Te acuerdas del sargento de la Guardia retirado Piotr Petróvich Kurilkin, a quien en 1799 vendiste tu primer ataúd, que por cierto era de pino y lo hiciste pasar como si fuera de roble?

Así diciendo, el difunto le apretó entre los huesos de sus brazos, pero Adrián, haciendo un supremo esfuerzo, lanzó un grito y lo rechazó. Piotr Petróvich se tambaleó, cayó al suelo y se deshizo por completo. Un rumor de indignación se levantó entre los difuntos; todos salieron en defensa del honor de su compañero, cubriendo a Adrián de denuestos y amenazas; el fabricante, casi aplastado, perdió la presencia de ánimo, cayó sobre los huesos del sargento de la Guardia retirado y se desmayó.

Hacía ya tiempo que el sol iluminaba el lecho en que descansaba el fabricante de ataúdes. Abrió por fin los ojos y vio ante sí a la criada, que estaba encendiendo el samovar. Adrián recordó espantado los acontecimientos de la víspera. La Triújina, el brigadier y el sargento Kurilkin se mezclaban confusamente en su imaginación.

Esperaba en silencio a que fuese la criada quien iniciara la conversación y le hablase de las consecuencias de las aventuras nocturnas.

—Ha dormido usted como un leño, Adrián Prórorovich —le dijo Axinia, dándole la bata—. Ha venido a verle el sastre vecino. El guardia del distrito ha pasado para anunciarle que hoy es el santo del comisario. Como dormía, no hemos queri-

do despertarle.

—¿No ha venido nadie de la casa de la difunta Triújina?

—¿Difunta? ¿Es que se ha muerto?

—¡Qué estúpida eres! ¿No me ayudaste ayer a arreglar las cosas para su entierro?

—¿Se ha vuelto usted loco? ¿O es que no se le ha pasado aún el efecto de la bebida? ¿Qué entierro hubo ayer? Se ha pasado usted el día entero de fiesta en casa del alemán, volvió borracho, se dejó caer en la cama y ha estado durmiendo hasta ahora, que ya han tocado a misa.

—¿De veras? —exclamó regocijado el fabricante de ataúdes.

—Naturalmente —contestó la criada.

—Pues en este caso, sirve el té cuanto antes y llama a mis hijas.

EL JEFE DE POSTA

¿Quién no ha maldecido a los jefes de posta, quién no los ha colmado de improperios? ¿Quién, en un arranque de cólera, no les ha exigido el libro fatal para dejar en él constancia de su inútil reclamación contra las vejaciones, la zafiedad y el desorden? ¿Quién no los considera monstruos del género humano semejantes a los difuntos *podiachi* o, por lo menos, a los salteadores de Múrom? Seamos, sin embargo, ecuanímenes, tratemos de ponernos en su lugar y entonces tal vez nuestro juicio sea mucho más indulgente. ¿Qué es un jefe de posta? Un verdadero mártir de la clase decimocuarta y última en el escalafón administrativo, a quien su título no le sirve más que para ponerle a cubierto de los golpes, y aun así no en todas las ocasiones (apelo a la conciencia de mis lectores). ¿Cuál es el cargo de ese dictador, como en son de broma le llama el príncipe Viázemski? ¿No es un auténtico galeote? No conoce el descanso ni de día ni de noche. Todo el mal humor acumulado durante el tedioso trayecto, lo descarga el viajero sobre el jefe de posta. El tiempo es insoportable, el camino infernal, el cochero tozudo, los caballos apenas si se arrastran: la culpa es del jefe de posta. Al entrar en su mísera morada, el viajero lo mira como a un enemigo; menos mal si consigue librarse pronto del molesto huésped; pero, ¿y si no hay caballos?... ¡Dios mío, qué de insultos, qué de amenazas caen sobre su cabeza! En plena lluvia y entre el barro se ve obligado a correr por las caballerizas; cuando se ha desatado la nevaska, con un frío que se cala hasta los huesos, se retira al zaguán para descansar siquiera sea un instante de los gritos y empujones del viajero irritado. Llega un general; el jefe de

posta, tembloroso, le entrega las dos últimas *troikas*, una de ellas la del correo. El general se va sin darle siquiera las gracias. A los cinco minutos, ¡la campanilla!... Un correo con despachos oficiales arroja sobre la mesa su hoja de ruta... Pon-gámonos en su lugar y un sentimiento de sincera simpatía invadirá nuestro corazón en lugar de la cólera.

Unas palabras más: en el transcurso de veinte años he recorrido Rusia en todas direcciones; conozco casi todos los caminos de posta; he utilizado los servicios de varias generaciones de cocheros; raro es el jefe de posta al que no conozca de vista, son muy pocos los que no he tratado; confío en publicar, en un futuro próximo, el curioso material reunido en mis apuntes de viaje; de momento me limitaré a decir que el común de las gentes sustenta la idea más falsa acerca del gremio de los jefes de posta. Estos hombres tan calumniados son seres pacíficos, serviciales por naturaleza, sociables, modestos en su apetencia de honores y no excesivamente codiciosos. Sus conversaciones (que en vano desdeñan los señores) son muy amenas e instructivas. En lo que a mí se refiere, confieso que prefiero hablar con ellos que con cualquier funcionario de sexta clase que viaja en comisión de servicio.

No es difícil adivinar que poseo amigos entre el honorable gremio de los jefes de posta. Efectivamente, tengo en particular estima la memoria de uno de ellos. Las circunstancias nos hicieron intimar en otro tiempo y acerca de él desearía hablar ahora a mis amables lectores.

En mayo de 1816 viajaba yo por un camino real, hoy inexistente, de la provincia de X. Era entonces un funcionario de baja categoría, utilizaba los servicios de la posta y únicamente tenía derecho a dos caballos. De ahí que me tratasen sin grandes miramientos, y a menudo tenía que lograr en combate lo que, a mi parecer, me correspondía en derecho. Joven y exaltado como era, me indignaba la bajeza y cobardía de los jefes de posta cuando éstos cedían para el coche de algún dignatario los últimos caballos, que ya tenían

dispuestos para mí. Igualmente me ha costado mucho acostumbrarme a que los siervos entendidos en jerarquías dejaran de servirme algún plato en los banquetes del gobernador. Hoy día, lo uno y lo otro me parece normal. En efecto, ¿qué sería de nosotros si en vez de la regla, cómoda para todos, de «respeta las jerarquías», se implantara otra, por ejemplo, la de «respeta el talento»? ¡Qué de disputas surgirían entonces! Y los criados, ¿a quién servirían primero? Pero volvamos a nuestro relato.

Era un día caluroso. A tres *verstas* de la posta de X empezó a gotear, y un minuto después una lluvia torrencial me había calado hasta los huesos. Al llegar a la estación, mi primer cuidado fue cambiarme de ropa; el segundo, pedir té.

—¡Eh, Dunia! —gritó el jefe de la posta—. Enciende el samovar y ve a buscar crema.

A estas palabras, una muchacha como de catorce años salió de la pieza vecina y corrió al zaguán. Su belleza me dejó atónito.

—¿Es hija tuya? —pregunté al jefe de la posta.

—Sí —contestó él orgulloso—. ¡Es tan juiciosa y tan lista! El vivo retrato de su difunta madre.

Se puso a anotar en el registro mi hoja de ruta y yo me dediqué a contemplar los cuadros que adornaban su humilde, pero aseada mansión. Representaban la historia del hijo pródigo: en el primero, un anciano respetable, con gorro de dormir y bata, despedía a un inquieto joven, que se apresuraba a recibir su bendición y una bolsa de dinero. En otro, con vivos colores, se daba a conocer la depravada conducta del joven: estaba sentado ante una mesa en compañía de falsos amigos y de impúdicas mujeres. Luego, el joven, ya arruinado, cubierto de andrajos y con sombrero de tres picos, cuidaba unos cerdos, cuya comida compartía; su rostro expresaba profundo pesar y arrepentimiento. Venía, por fin, la vuelta al hogar paterno; el buen anciano, con el mismo gorro y la misma bata, corría a su encuentro; el hijo pródigo estaba pos-

trado de rodillas; en un segundo plano se veía al cocinero, sacrificando un cebado ternero, mientras que el primogénito preguntaba a los criados la causa de tanta alegría. Al pie de cada cuadro pude leer unos versos alemanes adecuados al caso. Todo esto se ha conservado en mi memoria hasta la fecha, lo mismo que las macetas de balsamina y la cama con su cortina de chillones colores y los demás objetos que entonces me rodeaban. Veo como si tuviera ante mí al propio dueño de la casa, un cincuentón fuerte y animoso, y su largo levitón verde con tres medallas colgando de unas descoloridas cintas.

Apenas había pagado a mi viejo cochero, cuando Dunia volvía con el samovar. La pequeña coqueta se dio cuenta en seguida de la impresión que me había producido y bajó sus ojos grandes y azules. Nos pusimos a hablar. Ella respondía a mis preguntas sin la menor muestra de timidez, como una muchacha con experiencia mundana. Invité al padre a un vaso de ponche, ofrecí a Dunia una taza de té y los tres nos pusimos a conversar como si fuéramos viejos conocidos.

Los caballos llevaban largo rato enganchados, pero yo no sentía el menor deseo de separarme del jefe de la posta y de su hija. Me despedí, por fin, de ellos; el padre me deseó buen viaje y la hija me acompañó hasta mi carricoche. En el zaguán me detuve y le pedí permiso para besarla: ella accedió... Muchos besos puedo contar pero ninguno dejó en mí un recuerdo tan duradero y agradable,

desde que de eso me ocupo...

Transcurrieron algunos años y las circunstancias me llevaron a aquel mismo camino real y a aquellos mismos lugares. Recordé a la hija del viejo jefe de la posta y me alegró el simple pensamiento de que iba a verla de nuevo. Pero, pensé, quizá el viejo haya sido reemplazado; probablemente, Dunia estará casada. La idea de que el padre o la hija podían

haber muerto cruzó también por mi mente, y me acerqué a la posta con un triste presentimiento.

Los caballos se detuvieron ante el edificio. Entré en la casa y al instante reconocí los cuadros del hijo pródigo; la mesa y la cama continuaban en los sitios de antes, pero en las ventanas ya no había flores y todo alrededor parecía vetusto y abandonado. El jefe de la posta dormía tapado con su capote: despertado por mi llegada, se incorporó... Era el mismo Simeón Virin, pero ¡cómo había envejecido! Mientras registraba mi hoja de ruta, contemplé sus canas, las profundas arrugas de su cara, sin afeitarse desde hacía tiempo, su encorvada espalda, y no salía de mi asombro. ¿Cómo tres o cuatro años habían podido convertir a un hombre animoso en un vejstorio?

—¿No me conoces? —le pregunté—. Somos viejos amigos.

—Es posible —me contestó sombrío—. El camino es grande y son muchos los viajeros que han parado en mi casa.

—Y Dunia, ¿sigue bien?

El viejo frunció el ceño.

—Eso Dios lo sabe —contestó.

—¿Se ha casado, no?

El viejo aparentó no haber oído y continuó leyendo a media voz mi hoja de ruta. No hice más preguntas y pedí que calentasen una tetera de agua. La curiosidad empezaba a picarme y abrigaba la esperanza de que el ponche desataría la lengua de mi viejo conocido.

No me equivocaba: el viejo no rechazó el vaso que le ofrecía. Advertí que el ron disipaba su melancolía. El segundo vaso le desató la lengua; me recordó, o aparentó reconocermme, y de sus labios escuché una conmovedora historia que entonces atrajo todo mi interés.

—Así, pues, conoció usted a mi Dunia —comenzó—. ¿Quién no la conocía? ¡Ay, Dunia, Dunia! ¡Qué muchacha era! Nadie pasaba por aquí sin decirle algún cumplido; a todos

agradaba, nadie podía decir nada malo de ella. Las señoras le hacían regalos: ésta un pañuelo, aquélla unos dientes. Los señores se detenían con el pretexto de comer o cenar para poder contemplarla a sus anchas. Hasta los más irascibles se calmaban al verla y hablaban con toda amabilidad conmigo. Créame, señor, los correos se pasaban su buena media hora de charla con ella. Era la que sostenía la casa: para hacer la limpieza, para cocinar, para todo encontraba tiempo. Y yo, viejo estúpido, no me cansaba de mirarla embobado. ¿Es que no la quería, es que no la colmaba de mimos? ¿Acaso le daba mala vida? Pero lo que ha de ocurrir, ocurre; no hay forma de eludir la desgracia.

Y el viejo pasó a relatarme sus desventuras con todo detalle.

Tres años atrás, en un atardecer de invierno, cuando el jefe de la posta estaba rayando un nuevo libro de registro y la muchacha cosía en la habitación contigua, llegó una *troika*. El viajero, que llevaba gorro circasiano, capote militar y se envolvía el cuello con una bufanda, entró exigiendo caballos. No los había, todos estaban de viaje. Al oírlo, el viajero levantó la voz y la fusta, pero Dunia, habituada a tales escenas, salió presurosa y le preguntó afablemente si quería comer algo. La aparición de la muchacha produjo el efecto de siempre. Se disipó la cólera del viajero, éste accedió a esperar los caballos y pidió que le sirvieran la cena. Cuando se hubo despojado del peludo y mojado gorro, de la bufanda y del capote, padre e hija pudieron ver que se trataba de un joven y apuesto húsar, de bigotillo negro. Se instaló en el aposento del jefe de la posta y entabló conversación con él y con su hija. Fue servida la cena. Entretanto, habían llegado los caballos y el jefe de la posta dispuso que inmediatamente, sin darles siquiera un pienso, los engancharan en el coche del oficial. Pero al volver encontró al joven tendido en un banco, casi sin conocimiento: se había sentido mal, le dolía la cabeza, le era imposible seguir el viaje... ¡Qué se le iba a hacer!

El jefe de la posta cedió su cama al enfermo con el propósito de, si al día siguiente no se encontraba mejor, mandar a la ciudad en busca de un médico.

Al otro día, el húsar se había agravado. Su criado marchó a caballo a la ciudad en busca del médico. Dunia le aplicó unas compresas de vinagre y se sentó con su labor a la cabecera del enfermo. Éste, cuando el jefe de la posta entraba a verle, no cesaba de quejarse y apenas hablaba; sin embargo, se tomó dos tazas de café y, entre constantes lamentaciones, pidió que le sirvieran el almuerzo. Dunia no se apartaba de él. A cada instante, el enfermo pedía de beber, y la muchacha le daba un vaso de limonada que había preparado ella misma. El enfermo se humedecía los labios y, cada vez, al devolver el vaso, apretaba con su débil mano, en señal de gratitud, la mano de Dunia. A la hora de comer llegó el médico. Tomó el pulso del enfermo, habló con él en alemán y manifestó en ruso que lo único que necesitaba era reposo y que a los dos o tres días estaría en condiciones de reanudar el viaje. El húsar le pagó veinticinco rublos por la visita y le invitó a compartir su almuerzo. El médico accedió; comieron con buen apetito, se bebieron una botella de vino y se separaron muy satisfechos el uno del otro.

Pasó otro día y el húsar acabó de reponerse. Se mostraba extraordinariamente alegre, no cesaba de bromear, ya con Dunia, ya con el jefe de la posta, silbaba, charlaba con los viajeros, registraba sus hojas de ruta en el libro, y agradó tanto al buen jefe de la posta que éste se sintió apenado cuando, a la mañana del tercer día, tuvo que despedirse de su amable huésped. Era domingo y Dunia se disponía a ir a misa. El coche esperaba ya al húsar, quien se despidió del jefe de la posta, recompensándole generosamente por la estancia y la comida; se despidió también de Dunia y se brindó a llevarla hasta la iglesia, que se encontraba en las afueras de la aldea. Ella parecía indecisa...

—¿Qué temes? —le dijo su padre—. Su señoría no es un

lobo y no te va a comer. Da un paseo hasta la iglesia.

Dunia tomó asiento junto al húsar, el criado subió al pescante, el cochero lanzó un silbido y los caballos partieron al galope.

El pobre jefe de la posta no alcanzaba a comprender cómo había permitido que su hija marchara con el húsar, cómo se había cegado, qué había nublado entonces su razón. No había transcurrido media hora cuando se despertó en él tal angustia que, incapaz de seguir esperando, se dirigió a la iglesia. Al acercarse al templo vio que la gente estaba saliendo de misa, pero Dunia no estaba ni en el recinto ni en el atrio. Entró apresuradamente: el sacerdote bajaba del altar; el sacristán apagaba las velas, dos viejas seguían rezando en un rincón; tampoco allí estaba. El infortunado padre apenas si tuvo valor para preguntar al sacristán si su hija había asistido a la misa. El sacristán le contestó negativamente. El jefe de la posta volvió a casa más muerto que vivo. Le quedaba una esperanza: quizá Dunia, con la despreocupación propia de la juventud, hubiera querido seguir hasta la posta siguiente, donde residía su madrina. Con dolorosa inquietud esperaba el regreso de la *troika* en que había dejado marchar a su hija.

El cochero tardaba en volver. Por fin se presentó al anochecer, solo y borracho, con una noticia terrible:

—Dunia ha seguido adelante con el húsar.

El viejo no pudo soportar la desgracia y se desplomó sobre el mismo lecho que un día antes ocupaba aún el joven seductor. Ahora, dándole vueltas a todas las circunstancias del suceso, cayó en la cuenta de que la enfermedad del húsar había sido fingida. Una fuerte calentura se apoderó de él; lo trasladaron a la ciudad y su puesto fue ocupado interinamente por otro. Le asistió el mismo médico que había atendido al húsar. Le aseguró que el joven estaba entonces completamente sano y que él había sospechado sus siniestras intenciones, aunque calló por miedo a la fusta. No sabemos si

el alemán decía verdad o si quería presumir de perspicaz, pero lo cierto es que no llevó el menor consuelo al pobre enfermo. Éste, apenas se hubo repuesto de su enfermedad, solicitó de sus superiores dos meses de permiso y, sin hablar a nadie de sus intenciones, se dirigió a pie en busca de su hija. Por el libro de registro de viajeros sabía que el capitán de caballería Minski se dirigía de Smolensk a Petersburgo. El cochero que lo llevó dijo que Dunia había llorado durante todo el trayecto, aunque, al parecer, iba de buen grado.

—Quizá pueda regresar a casa con mi oveja descarriada —se dijo el jefe de posta.

Animado por esta idea, llegó a Petersburgo, se alojó en el cuartel del regimiento de Izmáiov, con un suboficial retirado, viejo compañero de servicio, e inició sus búsquedas. Pronto supo que el capitán Minski estaba en Petersburgo y que residía en la hostería de Demútov. El jefe de posta decidió hacerle una visita.

Por la mañana temprano llegó a la antesala y rogó que se anunciara a su señoría que un viejo soldado deseaba verle. Un asistente, que estaba limpiando unas botas de montar, le hizo saber que el señor dormía y que antes de las once no acostumbraba a recibir a nadie. El jefe de posta se retiró y volvió a la hora señalada. Le abrió la puerta el propio Minski, con batín y bonete rojo.

—¿Qué se te ofrece, amigo? —le preguntó.

El corazón del viejo dio un vuelco, las lágrimas acudieron a sus ojos y se limitó a balbucir con voz temblorosa:

—Señoría... Hágame la merced divina...

Minski le dirigió una rápida mirada, enrojeció, lo tomó del brazo, lo llevó a su despacho y cerró la puerta.

—Señoría —continuó el viejo—, lo pasado, pasado está. Devuélvame, al menos, a mi pobre Dunia. Usted habrá satisfecho ya su capricho, no deje que se pierda en vano.

—Sí, lo que se ha hecho no se puede volver atrás —dijo el joven, sumamente turbado—. Reconozco mi culpa y te rue-

go que me perdonen. Pero no pienses que puedo abandonar a Dunia: será feliz, te doy mi palabra de honor. ¿Para qué quieres llevártela? Me quiere y no podría volver a la vida de antes. Ni tú ni ella seríais capaces de olvidar lo ocurrido.

Luego, poniéndole algo en la mano, abrió la puerta y el jefe de posta, sin saber cómo, se encontró en la calle.

Durante largo rato permaneció inmóvil, hasta que, al fin, abrió la mano y vio en ella unos papeles; se trataba de unos cuantos billetes arrugados de cincuenta rublos. Las lágrimas, esta vez lágrimas de indignación, afluyeron de nuevo a sus ojos. Hizo una pelota con los billetes, los tiró al suelo, los pisoteó y echó a andar... Se alejó unos pasos, se detuvo pensativo... y dio la vuelta... Pero los billetes ya no estaban. Un joven elegantemente vestido, al verle, corrió hacia un coche de punto, subió a él apresuradamente y gritó:

—¡Arrea!

El jefe de posta no hizo nada por seguirle. Había decidido regresar a su casa, pero antes quería ver, siquiera una vez, a su pobre Dunia. Con este objeto volvió dos días después a la casa de Minski. Sin embargo, el asistente le dijo de malos modos que el señor no recibía a nadie y, empujándole fuera de la antesala, le cerró la puerta en sus mismas narices. El viejo permaneció indeciso unos instantes y optó por irse.

Aquel mismo día, por la tarde, caminaba por la avenida Litéinaia después de haber hecho sus oraciones en la iglesia de Nuestra Señora de los Dolores, cuando, de pronto, pasó ante él un elegante coche en el que vio a Minski. El coche se detuvo ante la puerta de una casa de tres pisos, y el húsar se metió en ella. Una idea feliz cruzó por la mente del jefe de posta. Volvió sobre sus pasos y cuando estuvo junto al cochero le preguntó:

—Dime, amigo mío, ¿de quién es este coche? ¿No es de Minski?

—Sí que lo es —contestó el cochero—. ¿Por qué lo pre-

guntas?

—Verás, tu dueño me mandó que llevara una esquila a su Dunia y se me ha olvidado dónde vive.

—Aquí mismo, en el segundo piso. Has llegado tarde con tu esquila, amigo. El capitán está ya con ella.

—No importa —dijo el jefe de la posta, cuyo corazón empezó a latir violentamente—. Gracias por el favor, pero, de todas maneras, cumpliré el encargo.

Y dichas estas palabras, se dirigió a la escalera.

La puerta estaba cerrada; llamó y esperó angustiado unos segundos. Rechinó la llave en la cerradura y le abrieron.

—¿Vive aquí Avdotia Simeónovna? —preguntó.

—Sí —contestó una joven doncella—. ¿Qué deseas?

Él entró en el recibimiento sin contestar a la pregunta.

—¿Qué hace usted? ¿Adonde va? —gritó la doncella a sus espaldas—. Avdotia Simeónovna tiene visita.

Pero el jefe de la posta siguió adelante, sin escucharla. Las dos primeras habitaciones estaban a oscuras; en la tercera había luz. El viejo se acercó a la puerta entreabierta y se detuvo. En la estancia, excelentemente amueblada, se encontraba Minski, sentado en un sillón, en actitud pensativa. Dunia, vestida con todo el lujo de la última moda, descansaba en uno de los brazos del mueble, como una amazona en su silla inglesa, y contemplaba tiernamente a Minski, cuyos negros rizos enrollaba en sus dedos deslumbrantes de joyas. ¡Pobre jefe de posta! ¡Jamás le había parecido su hija tan bella! Sin él mismo darse cuenta, se quedó admirándola.

—¿Quién está ahí? —preguntó ella sin levantar la cabeza.

El viejo callaba. Al no tener respuesta, Dunia levantó la vista... y lanzando un grito, se desplomó sobre la alfombra. Minski, asustado, acudió a levantarla. Al ver en la puerta al anciano jefe de posta, dejó a Dunia y se acercó a él, temblando de cólera.

—¿Qué es lo que quieres? —le dijo, apretando los dientes —.

¿Por qué me sigues furtivamente a todas partes como un bandido? ¿O es que quieres degollarme? ¡Largo de aquí! —y agarrando con fuerza al viejo por las solapas, lo sacó a empujones a la escalera.

El viejo volvió a su alojamiento. Su amigo le aconsejó que denunciara el caso a las autoridades, pero el jefe de posta, después de pensarlo, decidió abandonarlo todo a su suerte. Dos días más tarde salía de Petersburgo y regresaba a su estación de posta, donde reanudó sus actividades.

—Ya va para tres años —concluyó— que vivo sin Dunia y sin saber nada de ella. ¿Vive? ¿Ha muerto? Sólo Dios lo sabe. Todo puede ocurrir. No fue la primera ni será la última en dejarse seducir por un galán de paso, que hoy la hace su amante y mañana la abandona. En Petersburgo abundan esas jovencitas tontas, que hoy van vestidas de raso y terciopelo y que mañana pasearán por las calles con los descamisados de las tabernas. Cuando pienso que Dunia puede correr la misma suerte, incurro sin darme cuenta en un pecado y desearía verla muerta...

Tal fue el relato de mi amigo, el viejo jefe de la posta, relato interrumpido sin cesar por las lágrimas que él se secaba pintolescamente con el faldón del capote, como el solícito Teréntich en la encantadora balada de Dmítriev. Estas lágrimas eran motivadas en parte por el ponche, del que en el transcurso de su narración se había metido cinco vasos entre pecho y espalda; mas, sea como fuere, me conmovieron profundamente. Después de separarnos pasé mucho tiempo sin poder olvidar al viejo jefe de la posta, pensando en la pobre Dunia.

Hace poco, al pasar por el lugarejo de X, me acordé de mi amigo; supe que la posta que él gobernaba había sido suprimida. A mi pregunta de si él vivía, nadie supo darme respuesta satisfactoria. Decidí visitar aquellos parajes que ya conocía, alquilé un coche y me dirigí a la aldea de N.

Esto sucedió en otoño. Unas nubes grisáceas cubrían el

cielo; un viento frío venía de los rastrojos, llevándose las hojas encarnadas y amarillas de los árboles que encontraba a su paso. Llegué a la aldea cuando el sol se estaba poniendo y me detuve ante la casita de la posta. En el zaguán (donde un día me había besado la pobre Dunia) me recibió una mujer gorda y a mis preguntas respondió que mi viejo amigo había muerto hacía un año y que la casa había sido ocupada por un fabricante de cerveza. Ella era la mujer del cervecero. La menté mi inútil viaje y los siete rublos gastados en vano.

—¿De qué murió? —pregunté a la mujer del cervecero.

—De tanto beber —contestó ella.

—¿Dónde está enterrado?

—En las afueras del pueblo, junto a la tumba de su mujer.

—¿Podría acompañarme alguien a su tumba?

—¿Por qué no? ¡Eh, Vanka! Deja de jugar con el gato. Acompaña al señor al cementerio y dile dónde está la tumba del jefe de la posta.

Un chicuelo harapiento, pelirrojo y tuerto, corrió hacia mí y me condujo a las afueras del pueblo.

—¿Conocías al difunto? —le pregunté por el camino.

—¡Claro que lo conocía! Me enseñó a hacer flautas de caña. A veces (que Dios le tenga en su gloria) le seguíamos cuando salía de la taberna, gritando: «¡Abuelo, abuelo, danos nueces!», y él nos las daba. Todo el tiempo se lo pasaba con nosotros.

—Y los viajeros, ¿lo recuerdan?

—Son muy pocos ahora. A veces se deja caer por aquí el juez, pero a ése le preocupan poco los muertos. Este verano sí que pasó una señora, preguntó por el viejo jefe de la posta y acudió a su tumba.

—¿Qué señora? —pregunté, picado por la curiosidad.

—Una señora muy guapa —contestó el chicuelo—. Viajaba en un coche tirado por seis caballos, con tres niños, un ama de cría y un perrito negro. Cuando le dijeron que el vie-

jo jefe de la posta había muerto, se echó a llorar y les dijo a los niños: «No os mováis de aquí mientras voy al cementerio.» Me ofrecí a acompañarla, pero ella dijo: «Conozco el camino.» Y me dio cinco *kopeks*. Era una señora muy buena...

Llegamos al cementerio, un campo sin tapia alguna, sembrado de cruces de madera, al que no daba sombra ni un solo árbol. Jamás había visto un cementerio tan triste.

—Esta es la tumba del viejo jefe de la posta —me dijo el chicuelo, saltando a un montón de tierra en el que había clavada una cruz negra con un Cristo de cobre.

—¿Y la señora vino aquí? —pregunté.

—Sí —me contestó Vanka—. Yo la estuve mirando desde lejos. Se echó al suelo y estuvo tendida mucho rato. Luego volvió al pueblo, llamó al pope, le dio dinero y se marchó. Y a mí me regaló cinco *kopeks*. ¡Una señora magnífica!

También yo le di al chiquillo cinco *kopeks* y no me importaron el viaje ni los siete rublos que me había costado.

LA SEÑORITA CAMPESINA

En una de nuestras alejadas provincias se encontraba la finca de Iván Petróvich Bérestov. En su juventud había servido en la Guardia, se había retirado a principios de 1797 y desde entonces, instalado en su aldea, no había vuelto a salir de ella. Se casó con la hija de un noble pobre, la cual murió de parto cuando él estaba visitando sus campos. Los cuidados de la administración de la finca le consolaron pronto. Construyó una casa según sus propios planos, instaló una fábrica de paños, triplicó las rentas y se consideró el hombre más inteligente de todas la comarca, en lo que no le contradecían los vecinos, que acudían de visita con sus familiares y sus perros. Los días de labor usaba un chaquetón de felpa, y en las fiestas de guardar se ponía una levita del paño que él fabricaba. Él mismo llevaba la cuenta de los gastos y no leía otra cosa que la *Gaceta del Senado*. Era generalmente estimado, aunque se le consideraba orgulloso. Con el único que no hacía buenas migas era con Grígori Ivánovich Múromski, su vecino más próximo. Múromski era un auténtico señor ruso. Después de dilapidar en Moscú la mayor parte de su hacienda, y habiendo enviudado por aquel entonces, se retiró a la última aldea que le quedaba, aunque seguía haciendo de las suyas, pero ya en otro sentido. Había mandado plantar un jardín a la manera inglesa que se llevaba el resto de las rentas. Sus mozos de cuadra vestían como *jockeys* ingleses. Su hija tenía una señora de compañía inglesa. Cultivaba los campos con arreglo a un método inglés.

Pero el trigo ruso no crece a la manera extranjera.

Y, a pesar de la sensible reducción de los gastos, los ingresos de Grigori Ivánovich no aumentaban. Hasta en la aldea había encontrado la forma de contraer nuevas deudas; con todo, se le tenía por hombre inteligente, ya que era el primer propietario de la provincia a quien se le había ocurrido hipotecar su finca en el Consejo de Tutela, operación que en aquella época parecía complicadísima y audaz. Entre los que le censuraban, Bérestov era quien se expresaba con mayor dureza. Rasgo peculiar de su carácter era el odio a las innovaciones. No podía hablar con indiferencia de la anglomanía de su vecino y a cada paso encontraba pretexto para criticarlo. Si mostraba sus posesiones a algún visitante, respondía con una sonrisa maliciosa a las alabanzas a su buena administración.

—Sí, en mi casa no sucede lo que en la de mi vecino Grigori Ivánovich. Eso de arruinarnos a la inglesa es demasiado para nosotros. Nos conformamos con estar hartos a la rusa.

Estas bromas y otras por el estilo, gracias a la diligencia de los vecinos, llegaban a oídos de Grigori Ivánovich corregidas y aumentadas. El anglómano era tan intolerante para la crítica como nuestros periodistas. Se salía de sus casillas y llamaba a su Zoilo oso y provinciano.

Tales eran las relaciones entre los dos propietarios cuando llegó a la aldea el hijo de Bérestov. Había estudiado en la universidad y tenía el propósito de ingresar en el ejército, pero el padre no se mostraba conforme. El joven se consideraba completamente incapaz para desempeñar un cargo civil. Ni el uno ni el otro cedían, y el joven Alexéi comenzó a vivir como un señor, dejándose crecer, por si acaso, el bigote.

Alexéi era, en realidad, un excelente muchacho. Habría sido una verdadera lástima que su esbelta figura no fuese nunca ceñida por el uniforme militar y que, en vez de presumir a caballo, tuviera que consumir su juventud inclinado sobre los papelotes de una oficina. Al ver que en las cacerías

era siempre el primer jinete, y cómo saltaba toda clase de obstáculos, los vecinos se mostraban unánimes en afirmar que jamás serviría para covachuchista. Las señoritas se le quedaban mirando y algunas se prendaban de él; pero Alexéi se preocupaba muy poco de ellas y las señoritas atribuían a algún amor oculto la indiferencia del galán. En efecto, circulaba de mano en mano la dirección de una de sus cartas: «Para Akulina Petrovna Kúrothkina, en Moscú, frente al monasterio de Alexéi, en casa del calderero Sabéliev, con el encarecido ruego de entregarla a A. N. R.»

Aquellos de mis lectores que no hayan vivido nunca en una aldea no pueden imaginarse qué encanto son estas señoritas de provincia. Educadas al aire libre, a la sombra de los manzanos de su huerto, conocen el mundo y la vida por lo que leen en los libros. El aislamiento, la libertad y la lectura desarrollan muy pronto en ellas sentimientos y pasiones de los que no tienen noticia nuestras distraídas beldades. Para esas señoritas, el tintineo de la campanilla de la *troika* es ya una aventura, un viaje a la ciudad más próxima supone toda una época en la vida, y un visitante deja un recuerdo largo, a veces eterno. Ciertamente, cualquiera es libre de reírse de algunas de sus extravagancias; sin embargo, las bromas de un observador superficial no pueden borrar sus méritos principales, y ante todo, «las particularidades del carácter, la originalidad (*individualité*)», sin lo que, en opinión de Jean Paul, no existe la grandeza humana. En las capitales, las mujeres reciben quizá mejor instrucción, pero la vida de sociedad nivela rápidamente el carácter y hace las almas tan uniformes como los sombreros. Esto no se dice en son de reproche ni de crítica; pero *nota riostra manet*, según escribe un antiguo comentarista.

Fácil es imaginarse la impresión que Alexéi debía producir entre nuestras señoritas. Era el primero a quien veían taciturno y desilusionado, el primero que les hablaba de las alegrías perdidas y de su juventud marchita; por añadidura,

llevaba un anillo negro con una calavera. Todo esto era extraordinariamente nuevo en aquella provincia. Las señoritas se volvían locas por él. Pero la que más interés le mostraba era la hija de mi anglómano, Lisa (o Betsy, como solía llamarla Grígori Ivánovich). Los padres no se visitaban, ella no había visto a Alexéi, mientras que todas las jóvenes vecinas hablaban únicamente de él. Lisa tenía diecisiete años. Unos ojos negros animaban su rostro moreno y muy agradable. Era hija única y, por tanto, mimada. Su genio alegre y sus constantes travesuras eran la admiración del padre y desesperaban a miss Jackson, una tiesa solterona de cuarenta años que se daba blanquete en la cara y se pintaba de negro las cejas, releía *Pamela* dos veces al año, percibía por todo ello dos mil rublos y se moría de tedio en aquella bárbara Rusia.

La doncella de Lisa se llamaba Nastia; era algo mayor que su señorita, pero tan casquivana como ella. Lisa la quería mucho, le hacía partícipe de sus secretos y discurría con ella sus travesuras. En una palabra, Nastia era en la aldea de Prilúchino un personaje mucho más importante que cualquier confidente de la tragedia francesa.

—Quiero pedirle permiso para ir hoy de visita —dijo Nastia en una ocasión, mientras ayudaba a vestir a la señorita.

—No faltaba más. ¿Adónde vas a ir?

—A Tuguílovo, a casa de los Bérestov. Es el santo de la mujer del cocinero y ayer vino a invitarnos a comer.

—¡Hola! —exclamó Lisa—. Los señores están reñidos y los criados se reúnen de convite.

—¡Qué nos importan a nosotros los señores! —replicó Nastia—. Además, yo le sirvo a usted, y no a su papá. Usted no ha reñido todavía con el joven Bérestov. Los viejos, que se peleen, si eso les divierte.

—Procura, Nastia, ver a Alexéi Bérestov. Luego me contarás cómo es.

Nastia se lo prometió y Lisa pasó el día entero devorada por la impaciencia. La doncella volvió al anochecer.

—¡Oh, Lisaveta Grigórievna! —exclamó al entrar—. He visto al joven Bérestov; he podido mirarle a mi gusto, to-do el día hemos estado juntos.

—¿Cómo? Cuenta, cuenta las cosas por orden.

—Pues verás, salimos Anisia Egórovna, Nenila, Dunka...

—Bien, eso ya lo sé. ¿Y luego?

—Déjeme que lo cuente todo a mi manera. Llegamos justo a la hora de la comida. La habitación estaba llena de gente. Los de Kolbin, los de Zájáriev, la mujer del administrador con sus hijas, los de Jlupin...

— ¡Bueno! ¿Y Bérestov?

—Espere. Nos sentamos a la mesa, la mujer del administrador en la presidencia y yo junto a ella... las hijas se pusieron de morros, pero a mí me importa un bledo...

—¡Ay, Nastia, qué aburrida eres con tus eternos detalles!

—¡Y usted qué impaciente! Pues bien, nos levantamos de la mesa... Habíamos estado unas tres horas, y la comida había sido muy buena: gelatina de carne blanca, de pescado... En fin, de la mesa salimos al jardín para jugar al escondite. Entonces apareció el joven señor.

—¿Cómo es? ¿Es verdad que es tan guapo como dicen?

—Es guapísimo. De buen tipo, alto, de cara colorada...

—¿De veras? Y yo que pensaba que era pálido... ¿Cómo lo has encontrado? ¿Triste, pensativo?

—¿Qué dice usted? En mi vida he visto a un hombre tan revoltoso. Se le ocurrió jugar con nosotras al escondite.

—¿Al escondite con vosotras? ¡Es imposible!

—Así como se lo digo. ¡Y lo que se le ocurrió además! ¡A la que pillaba, le daba un beso!

—Dirás lo que quieras, Nastia, pero eso no es verdad.

—Como usted quiera, pero no miento. ¡Pues no me costó poco trabajo deshacerme de él! Todo el día lo ha pasado así con nosotras.

—¿Cómo dicen, pues, que está enamorado y no mira a

ninguna?

—No lo sé, pero a mí me miró más de la cuenta, y a Tania, la hija del administrador, lo mismo; y a Pasha, la de Kolbin, y qué quiere usted que le diga, el muy pícaro no ha ofendido a nadie.

—¡Esto es asombroso! ¿Y qué cuenta de él la gente de la casa?

—Que es un señor excelente, bueno, alegre... El único defecto que le encuentran es que no deja en paz a las muchachas. Pero a mi modo de ver, eso no es un mal: con el tiempo sentará la cabeza.

—¡Cómo me gustaría verlo! —dijo Lisa suspirando.

—¿Qué tiene eso de particular? Tuguílovo está cerca, sólo a tres *verstas*: dé un paseo en esa dirección, o vaya a caballo; es seguro que lo encontrará. Todos los días, por la mañana temprano, acostumbra a salir de caza con la escopeta.

—No, no está bien. Podría pensar que le busco. Además, nuestros padres están reñidos y de ninguna manera podría yo entablar conversación con él. ¡Ah, Nastia! ¿Sabes una cosa? ¡Me disfrazaré de campesina!

—En efecto, vístase con una blusa ordinaria y un *sarafán*, y váyase sin miedo a Tuguílovo. Le aseguro que Bérestov no la dejará pasar sin decirle algo.

—Además, sé hablar muy bien como la gente de estos lugares. ¡Oh!, ¡Nastia, Nastia! ¡Qué excelente idea!

Y Lisa se acostó con el firme propósito de llevar adelante tan divertido proyecto. Al día siguiente empezó los preparativos. Mandó comprar en el mercado un lienzo grueso, un mahón azul oscuro y unos botones de cobre; cortó con ayuda de Nastia una blusa y un *sarafán*, puso a coser a todas las muchachas de la servidumbre y a la caída de la tarde ya tenía terminadas las prendas. Lisa se las probó y hubo de confesarse ante el espejo que nunca se había visto tan bonita. Ensayaba su papel, iba y venía haciendo profundas reverencias, movió varias veces la cabeza como los gatos de arcilla y

hablando a la manera campesina, se reía tapándose la cara con el brazo, con lo que mereció la completa aprobación de Nastia.

Había una dificultad: trató de andar descalza por el patio, pero el césped pinchaba sus delicados pies, y la tierra y las piedrecillas le producían un dolor insoportable. También aquí Nastia la sacó de apuros: tomó la medida del pie de Lisa, corrió al campo en busca del pastor Trofim y le pidió que hiciera un par de *laptis*.

Al día siguiente, entre dos luces, Lisa estaba ya despierita. En la casa dormían todos. Nastia esperaba al otro lado del portón. Se oyó el cuerno del pastor y la dula empezó a desfilar ante la casa señorial. Trofim, al pasar, entregó a Nastia unos pequeños *laptis* de vivos colores, recibiendo a cambio cincuenta *kopeks* de recompensa. Lisa se vistió de campesina, procurando no llamar la atención, dio a media voz a Nastia instrucciones en relación con miss Jackson, salió por la puerta trasera al patio, cruzó el huerto y echó a correr hacia el campo.

La aurora resplandecía en el oriente y las doradas filas de nubes parecían esperar al sol de la misma manera que los palaciegos esperan al soberano; el claro cielo, el relente matutino, el rocío, la brisa y el canto de las avecillas inundaban de infantil alegría el corazón de Lisa; temerosa de encontrarse con algún conocido, más que caminar volaba. Al acercarse al soto que marcaba el límite de las posesiones de su padre, frenó el paso. Era allí donde debía esperar a Alexéi. Su corazón latía violentamente, sin que ella misma supiera por qué, pero el temor que acompaña a nuestras jóvenes travesuras constituye su principal encanto. Lisa entró en la oscuridad de la arboleda. El rumor del bosque, sordo y sonoro, la acogió con su saludo. Su alegría se fue serenando. Poco a poco se entregó a dulces ensueños.

Pensaba... ¿pero acaso es posible definir con exactitud lo que piensa una señorita de diecisiete años, sola en el bos-

que, a las seis de la mañana de un día primaveral? Caminaba, pues, pensativa, por un camino bordeado de copudos árboles cuando, de pronto, un hermoso perro de muestra empezó a ladrarle. Lisa gritó, asustada. En aquel mismo momento se oyó una voz: *Tout beau, Sbogar, ici...*, y un joven cazador salió de detrás de los arbustos.

—No temas, querida —le dijo a Lisa—. No muerde.

Lisa, ya repuesta del susto, supo aprovecharse inmediatamente de las circunstancias.

—¡Ay, no, señor! —dijo, fingiéndose entre asustada y tímida—. Tengo miedo. Fíjese qué fiero es. Se me va a echar encima otra vez.

Alexéi (el lector lo habrá reconocido) contemplaba mientras tanto fijamente a la joven campesina.

—Si tienes miedo, te acompañaré —le dijo—. ¿Me permites que vaya a tu lado?

—¿Quién te lo impide? —replicó Lisa—. El camino es de la gente y cada uno va por donde quiere.

—¿De dónde eres?

—De Prilúchino. Soy hija del herrero Vasili. He venido a buscar setas. (Lisa llevaba una cesta atada con un cordel). ¿Y tú, señor? ¿Eres de Tuguílovo?

—Sí —contestó Alexéi—. Soy el ayuda de cámara del joven señor.

Alexéi quería nivelar las relaciones sociales, pero Lisa lo miró y se echó a reír.

—Mientes —dijo—. No soy tan tonta. Veo que tú eres el propio señor.

—¿Por qué piensas así?

—Por todo.

—Dime, dime.

—¿Cómo no distinguir a un señor de un criado? Vas vestido de otro modo, hablas de distinta manera y no llamas al perro como nosotros.

Lisa agradaba más y más a Alexéi. Acostumbrado a no an-

darse con miramientos con la aldeanas bonitas, quiso abrazarla. Pero ella se apartó con expresión tan severa y fría que, aunque divirtió a Alexéi, le contuvo de nuevos intentos.

—Si quiere que en adelante seamos buenos amigos — dijo con gravedad—, procure no propasarse.

—¿Quién te ha enseñado a ser tan lista? —preguntó él, lanzando una risotada—. ¿Ha sido mi conocida Nástenka, la doncella de vuestra señorita? ¡Hay que ver por qué caminos se divulga la ilustración!

Lisa comprendió que se había salido de su papel y rectificó al momento.

—¿Y tú qué te crees? —replicó—. ¿Que nunca voy a la casa de los señores? Pues he visto y oído mucho. Pero —continuó— así charlando contigo no recogeré muchas setas. Vete por un lado y yo me iré por otro. Te pido disculpas...

Lisa quería alejarse de allí. Pero Alexéi la retuvo de la mano.

—¿Cómo te llamas, preciosa?

—Akulina —contestó Lisa, tratando de soltar sus dedos de entre la mano de Alexéi—. Déjame, señor. Ya es hora de que vuelva a casa.

—Bueno, amiga Akulina, iré sin falta a hacer una visita a tu padre, el herrero Vasili.

—¿Qué dices? —protestó vivamente Lisa—. Por Cristo te lo pido, no vayas. Si se enteran en casa de que he estado charlando a solas con el señor, en el bosque, no lo pasaré bien. Mi padre, el herrero Vasili, me matará a palos.

—Pero yo quiero volver a verte.

—Volveré aquí en otra ocasión a buscar setas.

—¿Cuándo?

—Mañana mismo.

—Hermosa Akulina, te daría un beso, pero no me atrevo. Quedamos en mañana a esta hora, ¿no es eso?

—Sí, sí.

—¿No me engañarás?

—De ninguna manera.

—Júralo.

—Lo juro por lo más sagrado. Vendré.

Los jóvenes se separaron. Lisa salió del bosque, atravesó el campo, entró disimuladamente en el huerto y corrió a la granja, donde Nastia la esperaba. Allí se cambió de ropa, contestando distraída a las preguntas de su confidente, devorada por la impaciencia, y se presentó en la sala. La mesa estaba puesta, el desayuno servido, y miss Jackson, ya enjalbegada y encorsetada, cortaba finas rebanadas de pan. El padre se mostró muy satisfecho del paseo matinal de Lisa.

—No hay nada más sano —dijo— que despertarse con la primera luz del alba.

Y a continuación citó varios ejemplos de longevidad humana, recogidos en revistas inglesas, haciendo la observación de que cuantos vivieron más de cien años no habían probado el vodka y, lo mismo en invierno que en verano, se levantaban al amanecer. Lisa no le escuchaba. Mentalmente, repasaba todas las circunstancias de la entrevista matutina, toda la conversación de Akulina con el joven cazador, y la conciencia empezaba a remorderle. En vano se objetaba a sí misma que la entrevista no había rebasado los límites del decoro, que aquella travesura no podría tener consecuencia alguna: la voz de la conciencia era más fuerte que la de la razón. Lo que más le inquietaba era la promesa de volver al día siguiente: estaba casi decidida a no cumplir su solemne juramento. Pero Alexéi, al ver que no acudía, podía ir a buscar en la aldea a la hija del herrero Vasili, la verdadera Akulina, una moza gruesa y picada de viruelas, y descubrir así su imprudente travesura. Esta idea horrorizó a Lisa y decidió presentarse de nuevo a la mañana siguiente en el bosque como si fuera Akulina.

Por su parte, Alexéi estaba entusiasmado. El día entero lo pasó pensando en su nueva conocida; de noche, la imagen de la hermosa morena le persiguió en sus sueños. Apenas ha-

bía despuntado la aurora cuando ya estaba vestido. Sin molestarse en cargar la escopeta, salió al campo con su fiel *Sboggar* y acudió con paso ligero al lugar de la cita. Transcurrió cerca de media hora en una espera que se le hizo insoportable; por fin vio aparecer entre los matorrales el *sarafán* azul y se lanzó al encuentro de la dulce Akulina. Ella sonrió al ver su entusiasmo, pero Alexéi advirtió al instante en su rostro huellas de abatimiento e inquietud. Quiso saber la causa. Lisa le confesó que su conducta le parecía ligera, que estaba arrepentida, pero que esta vez no había querido faltar a su palabra, aunque aquella entrevista era la última; le rogaba, pues, poner punto a una amistad que no podía conducirles a nada bueno. Todo esto fue dicho a la manera de los campesinos; pero las ideas y sentimientos, tan poco comunes en una muchacha del pueblo, sorprendieron a Alexéi. Echó mano a toda su elocuencia para que Akulina desistiera de sus propósitos; le encareció la inocencia de sus deseos, le prometió que nunca daría motivos para arrepentirse, que le obedecería en todo, le rogó que no le privara de su única alegría: la de verla a solas, siquiera fuese un día sí y otro no, dos veces por semana. Alexéi hablaba con el lenguaje de la verdadera pasión y en aquellos momentos creíase auténticamente enamorado. Lisa le escuchaba en silencio.

—Dame tu palabra —dijo por fin— de que nunca me buscarás en la aldea ni preguntarás por mí. Dame tu palabra de no buscar entrevistas conmigo y de conformarte con las que yo misma señale.

Alexéi quiso jurar por lo más sagrado, pero ella le contuvo con una sonrisa.

—No necesito juramento —dijo—. Me basta con tu promesa.

Después de esto, pasearon por el bosque conversando amigablemente hasta que Lisa dijo: ya es hora. Se separaron y Alexéi se quedó solo, sin poder comprender cómo una simple muchacha aldeana ejerciese ya un auténtico poder sobre él

con sólo dos entrevistas. Para él, las relaciones con Akulina tenían el encanto de la novedad, y aunque las prescripciones de la extraña campesina le parecían penosas, ni siquiera se le ocurrió la idea de faltar a su palabra. En efecto, Alexéi, a pesar del fatal anillo, de su secreta correspondencia y de la sombría decepción que aparentaba, era un muchacho bueno y fogoso, de un corazón puro, capaz de sentir el placer de la inocencia.

Si me dejase llevar por mis deseos, describiría con todo lujo de detalles las citas de los jóvenes, la creciente inclinación y confianza entre ellos, sus ocupaciones, sus charlas; pero sé que la mayoría de mis lectores no disfrutarían con ello. Tales pormenores resultan, en general, empalagosos; los paso, pues, por alto, limitándome a decir que no habían transcurrido dos meses cuando mi Alexéi estaba ya locamente enamorado y Lisa no se mostraba indiferente, aunque no era tan expansiva. Saboreaban el presente y pensaban poco en el porvenir.

La idea de unos lazos indisolubles cruzaba a menudo por sus mentes, pero nunca hablaban de ello. La causa era clara: Alexéi, por encariñado que estuviese con su dulce Akulina, no olvidaba la distancia que existía entre él y la humilde aldeana; por su parte, Lisa veía el odio que separaba a los padres, y no se atrevía a confiar en una conciliación. Además, su amor propio se veía espoleado en secreto por la vaga y romántica esperanza de contemplar al propietario de Tuguílovo a los pies de la hija del herrero de Prilúchino. Así las cosas, un señalado acontecimiento estuvo a punto de estropearlo todo.

Una mañana clara y fría (una de esas mañanas en que tanto abunda nuestro otoño ruso) Iván Petróvich Bérestov salió a dar un paseo a caballo, llevando consigo, por si acaso, tres pares de galgos, al palafrenero y a varios chiquillos de la servidumbre con matracas. A la misma hora, Grígori Ivánovich Múromski, cautivado por la hermosa mañana, mandó ensillar su yegua rabona y salió al trote para hacer un reco-

ruido por sus anglómanas propiedades. Al acercarse al bosque vio a su vecino, montado orgullosamente en su caballo, con una casaca forrada de piel de zorro, esperando una liebre que los gritos y las matracas de los chicos levantaban entre los matorrales.

Si Grígori Ivánovich hubiera podido prever el encuentro, indudablemente habría dado la vuelta, pero se tropezó con Bérestov por sorpresa, cuando ya estaba a un tiro de pistola de él. No había más remedio: Múromski, como europeo culto que se consideraba, se acercó a su adversario y lo saludó cortesmente. Bérestov le contestó con el mismo celo con que un oso encadenado saluda *a los señores* obedeciendo al domador. En aquel momento la liebre salió del bosque y emprendió veloz carrera por el campo. Bérestov y el palafrero, entre grandes gritos, soltaron los perros y se lanzaron a galope tendido. La yegua de Múromski, que nunca había estado en una cacería, se asustó y se echó desbocada a campo traviesa. Múromski, que presumía de buen jinete, aflojó las bridas, satisfecho de aquel incidente que le libraba de tan desagradable interlocutor. Pero el animal, al llegar a una barranca que no había visto, se echó súbitamente a un lado y Múromski no pudo mantenerse en la silla. Se dio un fuerte golpe contra el suelo helado y quedó allí tendido, maldiciendo a su yegua rabona, la que, serenándose, se detuvo en cuanto se sintió sin jinete.

Iván Petróvich se acercó al galope y preguntó a Múromski si se había hecho daño. Mientras tanto, el palafrero trajo de la brida a la culpable. Ayudó a Múromski a montar y Bérestov, por su parte, le invitó a descansar en su casa. Múromski no podía negarse, pues se sentía agradecido, y de este modo Bérestov regresó a su mansión con una aureola de gloria, después de cazar la liebre y conduciendo a su adversario herido y casi como prisionero de guerra.

Los vecinos conversaron con bastante cordialidad mientras desayunaban. Múromski pidió a Bérestov un tílburí, ya

que, según dijo, a consecuencia del golpe no estaba en condiciones de volver a caballo a su casa. Bérestov le acompañó hasta el portal y Múromski no quiso partir antes de tener su palabra de honor de que al día siguiente él y Alexéi Ivánovich acudirían a Prilúchino a compartir su mesa. Así, la vieja enemistad, tan profundamente arraigada, parecía a punto de desaparecer gracias al miedo de una yegua rabona.

Lisa corrió al encuentro de Grígori Ivánovich.

—¿Qué significa eso, papá? —preguntó asombrada—. ¿Por qué cojea? ¿Dónde está su caballo? ¿De quién es ese tíl-buri?

—No puedes figurártelo, *my dear* —contestó Grígori Ivánovich, y explicó a su hija cuanto había sucedido.

Lisa no podía dar crédito a sus oídos. Grígori Ivánovich, sin darle tiempo a reaccionar, anunció que al día siguiente los dos Bérestov comerían en su casa.

—¿Qué dice usted? —exclamó ella, palideciendo—. ¡Los Bérestov, padre e hijo! ¡Que mañana comerán con nosotros! No, papá, yo no me dejaré ver por nada del mundo.

—¿Qué dices? ¿Te has vuelto loca? —objetó el padre—. ¿Desde cuándo eres tan tímida? ¿O es que sientes por ellos un odio hereditario, como la heroína de una novela romántica? Basta, no digas estupideces...

—No, papá, por nada del mundo, ni por todos los tesoros de la tierra me presentaría ante los Bérestov.

Grígori Ivánovich se encogió de hombros y no quiso discutir más con ella, pues sabía que no lograría nada llevándole la contraria, y se retiró a reposar después de su memorable paseo.

Lisaveta Grigórievna se fue a su habitación y llamó a Nastia. Durante largo rato estuvieron hablando de la visita que les esperaba el día siguiente. ¿Qué pensaría Alexéi si identificaba a su Akulina en la bien educada señorita? ¿Qué concepto tendría de su conducta, de sus principios y su cordura? Por otra parte, Lisa sentía grandes deseos de ver qué impre-

sión le causaba tan inesperada entrevista... De pronto se le ocurrió una idea. En el acto se la comunicó a Nastia; ambas quedaron muy contentas del hallazgo y decidieron ponerla en práctica.

Al día siguiente, mientras desayunaban, Grígori Ivánovich preguntó a su hija si seguía pensando en ocultarse de los Bérestov.

—Papá —contestó Lisa—, los recibiré si usted lo desea, sólo que con una condición: me presente como me presente ante ellos y haga lo que haga, usted no me reprenderá ni hará ningún gesto de extrañeza o de disgusto.

—¡Otra travesura! —dijo, riendo, Grígori Ivánovich—. Está bien, está bien, de acuerdo. Haz lo que quieras, picarue-la.

Le dio un beso en la frente, y Lisa corrió a prepararse.

A las dos en punto, un coche tirado por seis caballos entraba en el patio y rodaba en torno al círculo de verde césped. El viejo Bérestov subió al portal ayudado por dos criados de Múromski, vestidos de librea. Tras él llegó el hijo, que venía a caballo, y juntos pasaron al comedor, donde ya estaba puesta la mesa. El recibimiento de Múromski no pudo ser más afable, les invitó a recorrer antes de la comida el jardín y el local de las fieras, conduciéndolos por senderos recién barridos sobre los que habían echado una ligera capa de arena. Bérestov padre deploraba para sus adentros el trabajo y el tiempo perdidos en tan poco útiles caprichos, pero callaba por cortesía. El hijo no compartía ni el descontento del calculador propietario ni los entusiasmos del anglómano, tan pagado de sí mismo; esperaba impaciente la aparición de la hija del dueño de la casa, de la que tantos elogios había oído, y aunque su corazón, como ya sabemos, estaba comprometido, cualquier hermosa joven tenía derecho a ocupar su fantasía.

De vuelta a la sala, tomaron asiento los tres: los viejos evocaron otros tiempos y anécdotas de su época, mientras Alexéi pensaba en el papel que le correspondía desempeñar

ante Lisa. Decidió que, en todo caso, lo más correcto sería una fría displicencia, y se dispuso a comportarse en consonancia con ello. Se abrió la puerta y Alexéi volvió la cabeza con tal indiferencia, con tan orgulloso desprecio, que el corazón de la coqueta más recalcitrante se habría estremecido. Lamentablemente, no era Lisa, sino la vieja miss Jackson, enjalbegada, tiesa como un huso y con la vista baja, haciendo pequeñas reverencias, y la magnífica astucia militar de Alexéi se perdió en el vacío. Apenas si se había éste recuperado cuando la puerta se abrió de nuevo, ahora para dar paso a Lisa. Todos se pusieron en pie: el padre, que había empezado las presentaciones, se detuvo de pronto y se apresuró a morderse los labios... Lisa, su morena Lisa, se había blanqueado hasta las orejas, se había pintado las cejas más que la propia miss Jackson; los rizos postizos, mucho más claros que su cabello natural, aparecían tan ahuecados como una peluca de Luis XIV; las mangas à *l'imbécile* no estaban menos tiesas que el miriñaque de *madame* de Pompadour; el talle lo tenía tan ceñido que semejaba una letra X, y todos los brillantes de su madre que aún no habían sido empeñados, centelleaban en sus dedos, cuello y orejas. Alexéi no pudo reconocer a su Akulina en aquella ridícula y resplandeciente señorita. Bérestov padre se acercó a besarle la mano y él le siguió contrariado; al rozar los blancos dedos le pareció que temblaban. Mientras tanto, pudo ver un piecico, expuesto intencionadamente y calzado con toda la coquetería posible. Esto le reconcilió un tanto con el resto del atavío. En lo que se refiere al blanquete y a la pintura de las cejas, en el candor de su corazón, debemos confesarlo, no los advirtió siquiera a primera vista, y luego tampoco sospechó lo más mínimo. Grígori Ivánovich, fiel a su promesa, procuraba no mostrar el menor signo de extrañeza, aunque la travesura de su hija le parecía tan divertida que le costaba mucho contenerse. La que no estaba para bromas era la rígida inglesa. Adivinaba que los afeites habían sido sustraídos de su cómoda, y un in-

tenso arrebol de disgusto se transparentaba a través de la artificial palidez de su rostro. Lanzaba flamígeras miradas a la traviesa joven, que, dejando para otra ocasión las explicaciones, simulaba no advertirlas.

Se sentaron a la mesa. Alexéi seguía interpretando el papel de joven distraído y meditabundo. Lisa hacía melindres, hablaba entre dientes, alargando las palabras, y sólo en francés. El padre la miraba a cada instante, sin comprender su propósito, aunque aquello le parecía muy divertido. La inglesa, furiosa, guardaba silencio. El único que se sentía a sus anchas era Iván Petróvich: comía por dos, bebía a discreción, se reía de su propia risa y a cada momento se mostraba más jovial.

Por fin, se levantaron de la mesa; los invitados se fueron y Grígori Ivánovich pudo dar rienda suelta a la risa y empezar las preguntas.

—¿Por qué se te ha ocurrido burlarte de ellos? ¿Y sabes lo que te digo? Que el blanquete te va muy bien. No quiero inmiscuirme en los secretos de tocador de las mujeres, pero yo, en tu lugar, me pintaría. No mucho, se comprende, unos pequeños toques.

Lisa estaba entusiasmada con el éxito de su ocurrencia. Abrazó a su padre, le prometió pensar en su consejo y corrió a calmar a la irritada miss Jackson, quien sólo después de hacerse rogar largo rato se dignó abrirle la puerta y escuchar sus explicaciones. A Lisa le había dado vergüenza presentarse ante unos desconocidos con un cutis tan moreno; no se había atrevido a pedirle... estaba segura de que la buena, la amable miss Jackson la perdonaría... Y así sucesivamente... Miss Jackson, convencida de que no había querido burlarse de ella, se calmó, dio un beso a Lisa y, en prenda de reconciliación, le regaló un tarrito de blanquete inglés, que Lisa recibió con muestras de sincera gratitud.

El lector adivinará que a la mañana siguiente Lisa no faltó al lugar del bosque donde se celebraban las entrevistas.

—¿Es verdad que ayer estuviste en casa de nuestros señores? —fue lo primero que preguntó a Alexéi—. ¿Qué te pareció la señorita?

Alexéi contestó que no se había fijado en ella.

—Es una pena.

—¿Por qué?

—Porque quería preguntarte si es verdad lo que dice la gente...

—¿Qué es lo que dicen?

—Que me parezco a la señorita. ¿Es cierto?

—¡Qué absurdo! Comparada contigo es un verdadero monstruo.

—No digas eso, señor. ¡Nuestra señorita es tan blanca y tan elegante! ¡Cómo me voy a comparar con ella!

Alexéi juró y perjuró que ella era mucho más hermosa que todas las señoritas de blanco cutis y, para acabar de tranquilizarla, empezó a describir a su señora con rasgos tan ridículos, que Lisa rió de la mejor gana.

—Sin embargo —dijo suspirando—, aunque la señorita sea quizá ridícula, yo soy a su lado una estúpida analfabeta.

—¡Vaya una cosa! —exclamó Alexéi—. ¡Buena razón para entristecerse! Si quieres, te podría enseñar a leer y a escribir.

—¡Pues es verdad! —dijo Lisa—. ¿Y si probásemos?

—Cuando quieras, querida. Podemos empezar ahora mismo.

Se sentaron. Alexéi sacó del bolsillo un lápiz y una libreta de notas y Akulina aprendió el abecedario con pasmosa rapidez. Alexéi se maravillaba de la facilidad con que ella lo comprendía todo. A la mañana siguiente Lisa quiso también probar a escribir; en un principio el lápiz no le obedecía, pero al cabo de unos minutos ya dibujaba las letras con bastante perfección.

—¡Esto es un milagro! —decía Alexéi—. Nuestros estudios progresan con más rapidez que según el sistema de Lancas-

ter.

En efecto, a la tercera lección Akulina deletreaba ya *Natalia, la hija del boyardo*, interrumpiendo la lectura con observaciones que dejaban estupefacto a Alexéi. Luego cubrió toda una hoja de papel de garabatos con aforismos entresacados de esa misma novela.

Transcurrió una semana y empezaron a escribirse. El buzón se encontraba instalado en el hueco de un viejo roble. Nastia, en secreto, ejercía las funciones de cartero. Alexéi llevaba allí sus cartas escritas con grandes letras y en el mismo sitio encontraba, en unas hojas de basto papel azul, los garabatos de su amada. Akulina, al parecer, se iba acostumbrando a estructurar mejor las oraciones y su inteligencia se desarrollaba a ojos vistas.

Mientras tanto, el conocimiento iniciado poco antes entre Iván Petróvich Bérestov y Grígori Ivánovich Múromski se estrechaba más y más y pronto se convirtió en amistad. Las circunstancias que les condujeron a ello fueron las siguientes: Múromski pensaba a menudo que a la muerte de Iván Petróvich su hacienda íntegra pasaría a Alexéi Ivánovich; que en tal caso éste sería uno de los propietarios más acaudalados de la provincia y no había ninguna razón para que no se casara con Lisa. En cuanto al viejo Bérestov, aunque veía en su vecino ciertas extravagancias (la manía inglesa, según él se expresaba), no podía negar en él muchas excelentes cualidades, como, por ejemplo, una gran habilidad para salir de las situaciones difíciles. Grígori Ivánovich era pariente cercano del conde Pronski, un prócer muy poderoso, quien podría ser muy útil a Alexéi, y Múromski (así lo pensaba Iván Petróvich) se alegraría sin duda de poder casar tan ventajosamente a su hija. Los viejos lo venían pensando así para sus adentros; por último hablaron, se abrazaron, se prometieron arreglar las cosas debidamente y comenzaron a trabajar cada uno por su parte. Múromski tenía que convencer a su Betsy de la necesidad de conocer más de cer-

ca a Alexéi, a quien ella no había vuelto a ver desde la memorable comida. No parecía que se hubiesen agradado mucho; al menos, Alexéi no había vuelto a Prilúchino, y Lisa se retiraba a su habitación en cuanto Iván Petróvich les honraba con su visita. Pero, pensaba Grígori Ivánovich, si Alexéi viene a casa a diario, Betsy llegará a enamorarse de él. Esto es un asunto natural. El tiempo lo arregla todo.

Iván Petróvich no se inquietaba tanto por el éxito de su empresa. Aquella misma tarde llamó al hijo a su despacho, encendió la pipa y después de una breve pausa, le dijo:

—Parece, Aliosha, que ya no hablas del servicio de las armas. ¿Es que ya no te seduce el uniforme de húsar?

—No, padre —contestó respetuosamente Alexéi—. Veo que usted no desea verme húsar y mi deber es obedecerle.

—Muy bien —siguió Iván Petróvich—. Veo que eres un hijo obediente. Eso es un consuelo para mí; no quiero forzarle, no te obligo a ingresar... ahora mismo... en la Administración. Hasta que eso llegue, yo abrigó la intención de casarte.

—¿Con quien, padre? —preguntó Alexéi, asombrado.

—Con Lisaveta Grigórievna Múromskaia —contestó Iván Petróvich—. La novia no puede ser mejor, ¿verdad?

—No había pensado todavía en casarme, padre.

—No lo habías pensado, pero yo sí que lo había pensado y repensado.

—Usted dirá lo que quiera, pero Lisa Múromskaia no me agrada lo más mínimo.

—Te agradará más tarde. Te acostumbrarás a ella y terminarás queriéndola.

—No me siento capaz de hacerla feliz.

—Eso es cosa que no debe preocuparte. ¿Pero qué es eso? ¿De este modo obedeces la voluntad de tu padre? ¡Me parece muy bien!

—Como usted quiera, pero no deseo casarme y no me casaré.

—Te casarás o te maldeciré, y como hay Dios te aseguro que venderé la finca, lo disiparé todo y no te dejaré ni un *kopek*. Te doy tres días para pensarlo, mientras tanto no te presentes ante mi vista.

Alexéi sabía que si a su padre se le metía algo entre ceja y ceja, entonces, según la expresión de Taras Skotinin, era imposible arrancárselo ni a fuerza de golpes; pero Alexéi había salido al padre y no era menos difícil hacerle cambiar de intención. Se retiró a su habitación, entregándose a meditaciones sobre los límites de la autoridad paterna, sobre Lisaveta Grigórievna, sobre la solemne promesa de su padre de convertirlo en un mendigo y, en fin, sobre Akulina. Por primera vez veía claro que la amaba apasionadamente; le asaltó la romántica idea de casarse con una campesina y de vivir de su trabajo; cuanto más pensaba en este paso decisivo, tanto más razonable lo encontraba. Desde hacía algún tiempo las citas en el bosque habían sido interrumpidas por las lluvias. Escribió a Akulina una carta con la letra más clara posible y el estilo más exaltado, anunciándole la desgracia que se les venía encima y ofreciéndole su mano. Acto seguido llevó la carta al buzón, al hueco del árbol, y se acostó satisfechísimo de sí mismo.

Al día siguiente, Alexéi, firme en su propósito, marchó muy temprano a caballo a casa de Múromski con el propósito de sincerarse con él. Tenía la esperanza de despertar su magnanimidad y de inclinarlo a su favor.

—¿Está en casa Grígori Ivánovich? —preguntó, deteniendo su montura ante el portal del castillo de Prilúchino.

—No señor, —contestó el criado—. Grígori Ivánovich ha salido de casa por la mañana.

—¡Qué fastidio! —pensó Alexéi—. ¿Está en casa, al menos, Lisaveta Grigórievna?

—Sí, señor.

Alexéi saltó del caballo, entregó las bridas al criado y pasó sin anunciarse.

«Todo quedará resuelto —pensaba al acercarse a la sala—. Hablaré con ella misma.»

Entró... ¡Y quedó estupefacto! Lisa... no, Akulina, su dulce, su morena Akulina, pero no con *sarafán*, sino con un vestido blanco, estaba sentada junto a la ventana y leía su carta; tan absorta se encontraba, que no le oyó entrar. Alexéi no pudo reprimir una exclamación de júbilo. Lisa se estremeció, levantó la cabeza, lanzó un grito y quiso huir. Él corrió a detenerla.

—Akulina, Akulina...

Lisa pugnaba por desasirse...

—*Mais laissez-moi donc, Monsieur; mais êtes-vous fou?*
—repetía, apartando la cabeza.

—¡Akulina! ¡Mi dulce Akulina! —insistía él, besando sus manos.

Miss Jakson, testigo de la escena, no sabía qué pensar. En aquel momento se abrió la puerta y entró Grígori Ivánovich.

—¡Hola! —dijo—. Parece que ya lo tenéis todo arreglado...

Los lectores me dispensarán la superflua obligación de describir el desenlace.



ALEXANDER S. PUSHKIN
(1799-1837)

Nació en Moscú. Luego de concluir sus estudios en el liceo de Tsárskoe Selo, un centro de enseñanza destinado a la formación de los hijos de la nobleza, obtuvo un cargo en el Ministerio de Asuntos Exteriores. Sus relaciones con miembros de las sociedades secretas, el incremento de la popularidad de sus versos y la aparición de su oda *A la libertad*, despertaron las sospechas de las autoridades y el zar lo desterró a los territorios meridionales del imperio. Pasó por el Cáucaso y Crimea, se aproximó a la poesía de Lord Byron y, como éste, se entusiasmó con el levantamiento de los griegos contra la dominación turca. Todo esto complicó aún más su situación y se le confinó, bajo vigilancia, en la hacienda paterna. Durante los últimos años de su vida se vio asediado por intrigas que terminaron conduciéndolo a la muerte. Considerado el poeta nacional de Rusia, Pushkin supo interpretar como ninguno de sus contemporáneos el carácter de un pueblo al que legó una herencia literaria constituida, principalmente, por poemas y narraciones que influyeron de manera notable sobre varias generaciones de literatos. Dentro de su vasta obra se destacan *Ruslán y Liudmila*, *El prisionero del Cáucaso*, *El jinete de bronce*, *Boris Godunov*, *Los relatos de Belkin*, *Historia de Pugachov*, *La hija del capitán*, *Dubrovski* y *Evgueni Oneguín*, una historia que, a pesar de estar escrita en versos, ha sido valorada como la primera de las grandes novelas debidas a los escritores rusos.